869.3
Es196r

No. 194

LA ESCENA
REVISTA TEATRAL

12 5 Dact

Rosas en la Nieve

Comedia en tres actos, original de MIGUEL H. ESCUDER

Capital: 0.20
Interior: 0.25

Próximo número

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
OAK STREET
LIBRARY FACILITY

de "LA ESCENA"

ALMA DOLIENTE

de José J. Berrutti

El grandioso Exito del

Teatro Marconi

Próximamente

Pequeño mundo

Revista para niños

AÑO V Buenos Aires, Marzo 16 de 1922 Nº 194

La Escena

REVISTA TEATRAL

APARECE TODOS LOS JUEVES

Dirección y Administración
MONTEVIDEO 421
U. T. 2564, Libertad

Fotógrafo
R. COLISTRO

Administrador
JOSE COLETTI

PAUSA

"LA ESCENA" SE MUDÓ Á
INDEPENDENCIA 1263

La prensa y "Rosas en la nieve"

"valorizan la producción los pulcros diálogos, por momentos satíricos, a veces atrevidos, pero siempre dentro de la más estricta corrección. El autor mueve con soltura los personajes y, aún cuando no todos dan la impresión de la realidad, los anima un soplo de inteligencia que comporta un delicado ropaje. El público recibió la obra con evidentes muestras de agrado, aplaudiendo varias escenas y los finales de acto. Al terminar se requirió la presencia del autor en el palco escénico.—**"La Nación"**.

* * *

"Nuestro público — la mayoría — habituado a la comedieta enclenque, al sainetón en tres actos o al drama burdo y vulgar, a que muchos de nuestros afiebrados autores le tienen acostumbrados, habrá quedado sorprendido anoche ante la bonita comedia "Rosas en la nieve", del señor Escuder, de tema agradable y corte europeo. La fuerza de la obra no radica en el asunto, sino en la belleza de los diálogos, de las situaciones, y en la pintura de varios personajes episódicos. El de don Cándido es una pincelada maestra. Con decir que parece salido de la experta mano de un autor francés".—**"Ultima Hora"**.

* * *

"Como de autor que aún no se fogueó, la comedia del señor Escuder tiene más yerros que aciertos; pero lo esencial es que revela a un hombre de teatro. Lo es por lo pronto, quien sabe moverse sin tropezar, en un ambiente tan poco simpático ni edificante, como ese de maridos cínicos, esposas adúlteras, amores torpes y sentimientos bajunos, que encierra la pieza. Lo es,

asimismo, quien dibujó un tipo como el filósofo doméstico que lleva el nombre de Cándido, o el mercantilista amoral de don Enrique, o la mujercita casquivana y sin pudor que es Sofía."—**"La Razón"**.

* * *

"Una agradable sorpresa para el público fué el escuchar la bella comedia en tres actos de un autor nuevo, poco conocido entre nosotros, el señor Miguel H. Escuder, comedia que con el título de "Rosas en la nieve" vió las luces de la batería en el Victoria. Trátase de una obra en la que hay que celebrar no sólo la pulcritud del lenguaje en que está escrita, revelada en la facilidad y soltura de los diálogos, en la justeza y eficacia de las observaciones. Ciertos toques demuestran ingenio, y en general, por su extructura, sentido teatral suficiente en el señor Escuder. Si a esto añadimos el mérito que tiene de ser una obra honestamente inspirada, sincera y en la que el autor, con los medios que dispone, trata de hacer un poco de arte, puede justificarse ampliamente la simpatía con que el público acogió "Rosas en la nieve".—**"La Unión"**.

* o *

".... Dunque, riconfermato nelle repliche che se ne ebbero ieri, é da considerare sincero l'esito ottenuto dalla nuovissima commedia "Rosas en la nieve" del signor Miguel H. Escuder. Ma — intendiamoci—un successo notevole giudicando quei tre atti con la pietra di tocco che fa tirare con disprezzo nel letamio gran parte della piú recente produzione drammatica o comica del teatro nazionale. Sulla pietra di paragonè la nuova commedia resiste all'acido inesorabile del buon successo e della decenza, lasciando una striscia d'oro che depone delle buone intenzioni e disposizioni dell'autore".—**"La Patria del Italiano"**.

COMPRE U.D.

La revista única en su género, de **Versos Canciones Populares**

Lo que canta el pueblo

Administración: CEVALLOS 1430 Buenos Aires

ROSAS EN LA NIEVE

Comedia en tres actos, original de MIGUEL H. ESCUDER

Estrenada en el Teatro VICTORIA, el 18 de Febrero de 1922, por la Compañía Argentina de Comedias.

REPARTO

Magda	Sra.	Emma Bernal
Sofía	Srta.	Amalia Bernabé
Sara	„	Milagros Sinisterra
Ricardo	Sr.	Carlos Bouhier
Cándido	„	Miguel Gómez Bao
Leandro	„	Samuel Giménez
D. Enrique	„	Dalmiro Casals
Ernesto	„	César N. Oroño
Criado	„	Carlos Valeggia

ACTO PRIMERO

Un gran salón elegantemente amueblado. Salidas a derecha e izquierda, practicables. Puerta al foro, grande, sin hojas. Es de noche.

ESCENA I
CANDIDO, ERNESTO y SARA

SARA.—Protesto enérgicamente.

CANDIDO.—Si su protesta fuera débil tendría usted razón, y la tiene usted aunque sea enérgica, porque yo no discuto nunca.

ERNESTO.—Pero tú te casaste, Cándido....

CANDIDO.—Me casé. Sin embargo el matrimonio es para mi una liviana carga.....

SARA.—(Maliciosa.) Lo sospechaba...

CANDIDO.—Pero no por ello dejo de afirmar que el casamiento es el paraguas del impudor.

SARA.—¿Algo así como un estuche de oro que guarda joyas de alambre?

ERNESTO.—¡Qué admirable figura!

CANDIDO.—Aprovéchala en alguna de tus novelas.

ERNESTO.—Gracias, mis personajes no viven de prestado. Son de una sola pieza. Los arranco de la vida, de raíz, como a tiernos arbustos.

SARA.—Cándido es un personaje de novela.

CANDIDO.—¿Yo? Es muy posible. Pero sería un héroe demasiado plácido. No interesaría a los anormales. En cambio usted, Sara, interesaría a los plácidos....

SARA.—Tengo algo de abismo, ¿verdad?

ERNESTO.—Yo me asomaría valientemente a sus ojos.

CANDIDO.—Yo no. Caería en el vacío.

SARA.—¡Qué galante! Me llama usted hueca...

CANDIDO.—¿Qué hay detrás de los ojos de una mujer bonita? Nada. Si hubiese un cerebro, quizá los ojos fueran menos bonitos. Una mujer es un abismo. Caer en sus brazos es caer en la nada.

SARA.—¿Y si los brazos son mórbidos como los míos?

CANDIDO.—Más rápidamente se hace el descenso.

ERNESTO.—El broche de unos brazos femeninos en torno a mi cuello, me transporta al cielo.

CANDIDO.—¿Y qué es el cielo sinó un abismo invertido? **(Pausa.)**

SARA.—Entonces, Ricardo....

CANDIDO.—Ha caído, como caí yo, como caerá Ernesto, como caerán todos .

ERNESTO.—Ricardo no ha caído, por lo contrario, se ha afirmado.

SARA.—Magda y Ricardo no se quieren. Todos sabemos lo que les llevó al matrimonio.

CANDIDO.—Hum...

SARA.—A ella, un tropiezo. A él, la ambición. Ricardo quiere afa-

marse. Tiene talento pero es un inmoral. Magda, seducida no sabemos por quién, ha comprado el nombre de Ricardo para dárselo a su futuro hijo. Es también una inmoral.

CANDIDO.—No tanto. Yo veo aquí un negocio como cualquier otro. La esponja pasa y borra la mancha. Ricardo se deja vencer, previa una concesión, por esa señora que llaman Gloria... Perfectamente.

ERNESTO.—¿Y el amor?

CANDIDO.—¿Qué?

ERNESTO.—¿Y el amor?

CANDIDO.—Hablamos de matrimonio, no hablamos de amor.

ESCENA II

Dichos y LEONARDO, por foro

LEONARDO.—¿En plena disección?

CANDIDO.—Es verdad.

SARA.—Cándido....

LEONARDO.—¿Los cadáveres?

ERNESTO.—Desconocidos.

CANDIDO.—Ricardo y Magda.

LEONARDO.—Me interesa. ¿No han llegado todavía?

SARA.—No.

CANDIDO.—¿Te interesa Magda o te interesa Ricardo?

LEONARDO.—Ricardo fué mi hermano en una bohemia triste. Yantábamos un soneto y dormíamos en un mechinal que tocaba casi las estrellas

SARA.—Llevarían gacho, melena y chalina...

LEONARDO.—Llevábamos ensueños, penas, hambre y ambiciones. ¿Qué era el indumento más o menos raído ante una mesa sin manteles, y ante un poema condenado al inédito?

ERNESTO.—La bohemia es ficción.

LEONARDO.—Para los que nunca sintieron hambre. Usted es novelista, ¿verdad?

ERNESTO.—Y muy leído.

LEONARDO.—Me lo han dicho. Su campo de acción es el gran mundo, los enredos sociales, el escándalo. Un frac y un vestido de seda con un cuerpo dentro pero sin alma. Baje usted al arroyo, viva entre los que quieren llegar y no pueden, estudie el aprendizaje doloroso de los que han llegado y entonces....

SARA.—El tema no era ese, Leonardo.

LEONARDO.—Perdón. Es verdad. Hablábamos de Magda y de Ricardo.

CANDIDO.—Yo conceptuaba el casamiento como un negocio en el cual el marido va casi siempre a pura pérdida. Y hacía excepciones. Una de estas, el de Ricardo y Magda. Es un negocio en el cual obtienen crecidos beneficios.

LEONARDO.—Sin embargo....

SARA.—¿Qué?

LEONARDO.—Creo que Ricardo va a pura pérdida.

ERNESTO.—No es posible. Magda es una mujer hermosísima. Lleva como dote una verdadera fortuna....

LEONARDO.—Pero es demasiado hermosa....

CANDIDO.—Comprendo.

SARA.—Yo ni una palabra.

CANDIDO.—Ricardo se enamorará de Magda, Magda, en un concepto equivocado de la vida le despreciará... y puede surgir entonces un conflicto sentimental formidable.

ERNESTO.—Yo creía que Ricardo fuera un hombre moderno que no buscara el amor en su mujer.

LEONARDO.—Es un apasionado y tesonero, como nadie.

SARA.—Magda, al despreciarle, sería tonta. Sólo por gratitud debería quererle.

CANDIDO.—La mujer ama u odia. No establece término medio entre esos sentimientos.

SARA.—¿Y qué harán del hijito cuando nazca?

ESCENA III

Dichos, **MAGDA, SOFIA, RICARDO** y **Don ENRIQUE**, por foro

ERNESTO.—Aquí están los novios.

SARA.—Felicidades, Magda.

MAGDA.—Gracias.

LEONARDO.—**(A Ricardo.)** ¿Ya?

RICARDO.—Ya.

ERNESTO.—**(A don Enrique.)** Mis albricias....

D. ENRIQUE.—No hay porque, no hay porque.....

CANDIDO.—Yo les estreché la mano antes de la consumación del hecho.....

SOFIA.—Si vieras Cándido que bien estuvo Magda... Firmó con una seguridad... No le ví temblar la pluma. Cuando yo me casé, en lugar de mi nombre, puse un jeroglífico.

CANDIDO.—El jeroglífico de tu vida que aún yo no he podido descifrar.

SARA.—Magda es una mujer superior. Sabe que el casamiento es una incidencia común.

MAGDA.—He aprendido mucho de tí, Sara.

SOFIA.—En cambio Ricardo palidecía.

ERNESTO.—La emoción, seguramente. El amor es una fuerza que quiebra hasta la frialdad de un negociante, ¿cómo no abatiría a Ricardo que es un poeta? **(Hay un silencio de angustia.)**

D. ENRIQUE.—Bien, bien. Las frases son todas muy bonitas, pero el exceso de poesía empalaga. Para contrabalancear el exceso debemos pasar al comedor. ¿No les parece a ustedes?

CANDIDO.—El espíritu práctico triunfa siempre. Y si la novia gentil no teme el contacto de un viejo, ¿aceptaría su brazo?

MAGDA.—¿Cómo he de temer a un viejo... amigo?

CANDIDO.—Leonardo, ¿quieres ofrecer el brazo a mi esposa?

LEONARDO.—Si Sofía lo acepta....

ERNESTO.—**(A Sara.)** Hemos nacido para marchar siempre juntos...

SARA.—Es usted un optimista. **(Y las tres parejas hacen mutis por segunda derecha.)**

ESCENA IV

RICARDO y don ENRIQUE

(Ricardo se deja caer en una butaca, enciende un cigarrillo y espera. Don Enrique le observa.)

D. ENRIQUE.—¿Y bien?

RICARDO.—¿Y bien?

D. ENRIQUE.—Ha cumplido usted su palabra. Ahora me corresponde a mí.

RICARDO.—Dejemos para otro momento.

D. ENRIQUE.—El tiempo es oro. En mis negocios no falto nunca a mi palabra. He comprado.... y pago.

RICARDO.—Don Enrique.

D. ENRIQUE.—Un mes hace me demostró usted en esta misma sala, un espíritu de gran especulador: audacia, intuición, serenidad y firmeza.

Lo confieso: me deslumbró de tal manera que pensé de inmediato en asociarle a mi casa de banca. Ahora que llegó usted a lo que ambicionaba, me parece que usted vacila. No es el arrogante hombre de negocios de hace un mes. ¿Cree usted haber ganado poco? ¿Quiere más? Puedo aumentar la cifra en...

RICARDO.—¿Por qué se ceba usted en mi desgracia?

D. ENRIQUE.—¡Cómo! Yo no he ido a buscarle a usted. Usted se ofreció para marido de Magda sabiendo el estado en que se hallaba...

RICARDO.—Tiene usted razón. Soy un despreciable sujeto....

D. ENRIQUE.—Desde el punto de vista de la moral yo no se ver las cosas. Uso antiparras negras. Pero desde el punto de vista comercial, le advierto a usted como a un financista prodigioso.

RICARDO.—Yo....

D. ENRIQUE.—Si está usted componiendo una comedia lo hace en forma admirable. Si dice usted las cosas en serio, tendré que rebajar el concepto que me merece.

RICARDO.—No tiene usted derecho a insultarme.

D. ENRIQUE.—Señor: yo jamás insulto. Le trato a usted de igual a igual. He comprado la honra de mi hija, no por ella, sino por mí, por mi nombre, que rodaría en el barro y manchado quizá ahuyentara a mis clientes. No me ha guiado pues un propósito sentimental. Hemos negociado. Usted ha cumplido. Ahora me toca a mí. Sírvase. **(Entregándole los papeles.)** Los títulos de esta casa ya a su nombre. El cheque. El cheque por la cantidad convenida. ¿Estamos?

RICARDO.—Gracias.

D. ENRIQUE.—Bien. Ahora.....

RICARDO.—¿Vivirá usted con nosotros?

D. ENRIQUE.—No, señor. Tengo preparado mi chalet de Pocitos. Los novios, en la luna de miel, se ponen insoportables... **(Mutis segunda derecha. Ricardo tiene una crispación de rabia. Luego, sonriendo, guarda en el bolsillo interior de su smocking los papeles.)**

ESCENA V

RICARDO y LEONARDO, por segunda derecha

LEONARDO.—Pero Ricardo, ¿qué haces aquí?

RICARDO.—¿Se comenta mi ausencia en el comedor?

LEONARDO.—No.

RICARDO.—¿Lo ves?

LEONARDO.—¿Qué?

RICARDO.—¿Que no soy nada más que el marido?

LEONARDO.—¿No lo sabías?

RICARDO.—Sí. Pero la realidad es muy dolorosa.

LEONARDO.—¿Y tú lo dices?

RICARDO.—Todo mi valor se ha esfumado. He fracasado para siempre. Ya no tengo confianza en mí. Me he vendido!

LEONARDO.—El arte te dará la gloria y con la gloria la felicidad. Te has vendido por el arte.

RICARDO.—Pero voy comprendiendo, Leonardo, que no soy lo suficiente puro para que sólo el arte pletorice mi vida. Está el corazón, el maldito corazón que se impone. ¡Quién pudiera prensarlo y dejarle hueco de sentimientos!

LEONARDO.—Tú la quieres, Ricardo.

RICARDO.—No! No! Yo me he vendido, ¿cómo puedo amarla? Yo me he casado con ella sabiendo que en ella palpita la vida de otro hombre, ¿entiendes? Ella será madre, será una cosa sagrada y yo seré siempre un miserable, un ser abyecto que por un cheque cometió una infamia.

LEONARDO.—Tú la quieres, Ricardo.

RICARDO.—No! No! Si ni siquiera me mira! Y cuando lo hace su

mirada me paraliza: parece que de sus ojos surgieran dardos de hielo... Como amarla si me ha comprado! Nunca podrá quererme, nunca dejará de despreciarme.

LEONARDO.—Cálmate, cálmate, muchacho. Toma como ejemplo de filosofía a Cándido. Nada le inmuta. Si tuviera un espíritu combativo sería un triunfador. A tí te falta su filosofía. A él le falta tu tesón.

RICARDO.—Y tú, Leonardo, tú, mi hermano en penas, mi compañero de hambres, tú me indicas a Cándido como un ejemplo, a Cándido, a quien engañas, a Cándido que acepta los amantes de su mujer?

LEONARDO.—Todas estas observaciones morales te las hice yo cuando fraguabas lo que tú llamaste el gran proyecto. Empezaste. Continúa ahora si quieres evitar el ridículo. Mientras seas filósofo todos te admirarán. En cuanto entres en la tragedia todos se reirán de tí! Sé fuerte.

RICARDO.—Marido sin mujer! Un escudo contra el cual lloverán maledicencias. Imagínate mi vida. Ella entregada a su hijo o a los placeres. Yo como una sombra vagando en estos cuartos fríos... El silencio acusador de Magda. El llanto o la risa de su hijo clavándose en mi cerebro. El recuerdo del otro y el recuerdo de mi claudicación, siempre ante mí, a toda hora, en el día, en la noche.... ¿Y si Magda se busca un hombre a quien amar? No. No. No.

LEONARDO.—¡Pobre hermano!....

ESCENA V

Dichos y SOFIA, por derecha segunda

SOFIA.—Ustedes perdonarán que les interrumpa pero en el comedor se le reclama, Ricardo.

RICARDO.—Gracias, Sofía. ¿Vienes, Leonardo?

LEONARDO.—Enseguida estoy contigo. **(Mutis de Ricardo por la segunda derecha.)**

ESCENA VI

Dichos, y a su tiempo, por la segunda derecha, CANDIDO

SOFIA.—¿Quieres decirme por qué no estuviste en casa, anoche?

LEONARDO.—Me sentí enfermo.

SOFIA.—Pero pudiste ir al club. Cándido te vió. ¿Ves cómo me engañas?

LEONARDO.—Sofía....

SOFIA.—¿Es que ya no me quieres? Dilo, dilo de una vez.

LEONARDO.—No tienes derecho a acusarme.

SOFIA.—Si me quieres lo disimulas mucho.

LEONARDO.—Tenemos que ser prudentes. De seguir como hasta hoy, tu marido nos sorprenderá....

SOFIA.—Ahora exiges prudencia. Bien audaz que eras antes de conquistarme. Todos iguales.... Capaces de un sacrificio antes del triunfo. Después del triunfo el cansancio, el hastío que llega... Y no recuerdan que una por ellos lo ha dado todo: desde la honra hasta el pudor...

LEONARDO.—Si te amo, Sofía. Si vacilo es porque te amo, porque no quiero perderte, porque no quiero que nos perdamos. Ven. Acércate. Disipa ese gesto amargo que te afea, **(Entra Cándido, que se detiene y escucha.)** así, así... Sonríe, sonríe... Y ahora, dame la fruta madura de tu boca.... **(Se besan.)**

SOFIA.—¿Irás mañana?

LEONARDO.—¿Mañana? Creo que no podré. Sin embargo... **(Cándido, que ha sacado su cigarrera, la deja caer, inclinándose para recogerla. Sofía, al verle, sofoca un grito. Leonardo palidece y espera.)**

CANDIDO.—Me vendieron esta cigarrera como de plata fina, pero me parece que me han engañado. Ese pequeño golpe la abolló. ¿Fumas, Leonardo?

LEONARDO.—**(Tomando un cigarrillo.)** Gracias.

CANDIDO.—¿Te sientes mal, Sofía? Te encuentro tan pálida... Parece que sufrieras una emoción muy grande... En la vida, mujer, no hay que afectarse nunca. **(Sentándose.)** La tranquilidad vale más que la misma honra. ¿Te has fijado, Leonardo, en el brillo de los ojos de Ricardo? Parece afiebrado. Nuestro amigo es un individuo singular, **(Sofía, lentamente, hace mutis por segunda derecha.)** predestinado a sufrir grandes dolores. No ha sabido matar su conciencia, el órgano más fastidioso que posee el hombre. Yo le creí un civilizado, pero es un salvaje. Tiene todas las pasiones del indio. Es capaz hasta de sentir celos. Y ahora que recuerdo, he de pedirte un servicio.

LEONARDO.—Concedido.

CANDIDO.—Deseo que mañana nos acompañes a cenar. Sofía me dió el encargo y yo lo había olvidado... Una cena muy casera y muy familiar, entre verdaderos amigos... Luego haremos tertulia, o harán ustedes, porque yo acostumbro a rendirme a Morfeo en cuanto he cenado... Es un servicio que no te costará mucho. Además tú eres un conversador interesante y Sofía es un archivo de anécdotas deliciosas...

LEONARDO.—Tenía compromisos con un amigo. Sin embargo....

CANDIDO.—Te esperaremos. Sofía quedará contenta. La paz del hogar, amigo mío, es una cosa muy dulce y muy frágil.....

ESCENA VII

Dichos, MAGDA, SARA y ERNESTO, por segunda derecha

SARA.—¿Dejas a tu marido, Magda?

ERNESTO.—No han observado ustedes que precisamente el día de bodas es el día en que menos se encuentran juntos los novios?

MAGDA.—Los novios se deben ese día a sus relaciones.

SARA.—Tienes razón. Parece que una valla insalvable los separara. Se observan desde lejos, cuando se observan, y uno creería que temen el choque de sus miradas....

CANDIDO.—Es que el hombre y la mujer son enemigos. Cuanto más creen amarse más enemigos son. Un noviazgo es una eterna pelea. El uno ataca y el otro se defiende.

SARA.—¿Y en el matrimonio?

CANDIDO.—En el matrimonio ya no ocurre lo mismo porque ambos se atacan a la vez.

ERNESTO.—¿Hablas por experiencia?

CANDIDO.—Chico, yo soy la excepción de la regla. No se pelear. Tampoco busco que me peleen.

ERNESTO.—¿Eres un inactivo, entonces?

CANDIDO.—El calificativo es exacto. Busco la tranquilidad. Pero observo que he sentado cátedra y corto la conferencia. Soy un impenitente charlatán.

SARA.—Confieso que le oigo con delicia.

MAGDA.—Aunque muchas veces me amarga y me entristece, Cándido me distrae con sus paradojas. Pero tomen ustedes asiento.

LEONARDO.—¿No cree usted llegada la hora de que nos retiremos?

MAGDA.—Aún es temprano...

SARA.—**(A Cándido.)** Qué novia poco impaciente.... **(Quedan sentados a la izquierda: Cándido, Leonardo y Sara y a la derecha: Magda y Ernesto.)**

MAGDA.—¿Prepara usted alguna obra?

ERNESTO.—Sí, una novela de amor.

MAGDA.—De amor....

ERNESTO.—De amor, sí, de un amor sensual, de un amor de lujuria... Dos seres refinados que se agostan bebiendo en todas las copas del placer. Tendrán mis héroes algo de gigante y algo de anormales. Y morirán de amor en un lecho de rosas....

MAGDA.—La carne es triste.

ERNESTO.—La carne es triste cuando no se ama, cuando ha dejado de amarse. Yo quisiera encontrar en la vida la heroína de mi novela, para morir también en un lecho de rosas...

MAGDA.—¿Esa mujer es un ensueño?

ERNESTO.—Un ensueño hecho carne, pleno de pomposidades aromadas. Ella vive....

MAGDA.—¿Y nada le ha dicho usted?

ERNESTO.—Temo. Su negativa sería el fracaso de todos mis ideales... Hoy... es de otro. **(En el otro grupo.)**

SARA.—Ernesto de seguro le recita a Magda un capítulo de novela modernista. Y Ricardo....

LEONARDO.—No sea usted maliciosa....

SARA.—Si lo digo porque hace un instante me lo recitó a mí diseñando los mismos gestos doctorales....

CANDIDO.—Ernesto es como un perro de presa: huele la virtud que flaquea. Posee la intuición del cuervo....

SARA.—Pobre Ricardo....

LEONARDO.—¡Callen, por favor! ¿En qué mundo vivimos? ¿Acaso todo es traición y podredumbre? Yo me ahogo en este ambiente....

ESCENA VIII

Dichos y RICARDO, por segunda derecha

RICARDO.—**(Al entrar y ver a Ernesto junto a Magda, tiene un vago gesto de disgusto. Luego va hacia el otro grupo.)** Cándido; Sofía desea irse. Se siente cansada.

CANDIDO.—Ya es un poco tarde...

SARA.—También yo les dejo.

LEONARDO.—Y yo, si no me necesitas.

ERNESTO.—**(Aparte, a Magda.)** ¿Me permitirá entonces que le lea un capítulo de mi obra?

MAGDA.—Más adelante.... Ya le diré cuando...

ERNESTO.—Qué sea muy pronto....

LEONARDO.—¿Se queda usted, Ernesto?

ERNESTO.—No, les acompaño.

CANDIDO.—Siento que Sofía sea la causa de la dispersión.

SARA.—Los novios tendrán ya necesidad de encontrarse solos..... ¿Me permites, Magda, que me arregle un poquito?

MAGDA.—Ven. Un momento, señores... **(Mutis de Magda y Sara por primera derecha.)**

ESCENA IX

RICARDO, CANDIDO, ERNESTO y LEONARDO. (Una pausa)

ERNESTO.—Ricardo, ya le he felicitado a usted ampliamente por la conquista de su dicha. **(Dándole la mano.)** Me repito en mis manifestaciones..

RICARDO.—Muchas gracias.

CANDIDO.—Yo no se felicitar ni despedirme. Solo te diré, y esto en voz baja, que mates tu conciencia. Extrangúlala en cuanto se rebele. Es una compañera pérfida y traidora.

RICARDO.—Cándido....

CANDIDO.—No te ofendas. Es una insinuación, nada más...

ESCENA X

Dichos y por segunda derecha: don ENRIQUE, SOFIA. Por primera: MAGDA y SARA.

LEONARDO.—**(Abrazando a Ricardo.)** Valor, hermano, valor...

D. ENRIQUE.—¿Es general la retirada?

ERNESTO.—Sí, señor. Nos retiramos en pandilla.

MAGDA.—¿Supongo que no olvidarán ustedes la casa?

SARA.—Pierde cuidado. En cuanto nos enteremos que la luna de miel ha descendido un poco, te visitaremos diariamente...

SOFIA.—Adiós, Magda, muchas felicidades. **(Besos.)**

SARA.—Adiós. **(Acentuando.)** Hasta muy pronto. **(Besos.)**

MAGDA.—Adiós, adiós. **(Saludos de práctica, etc.)**

LEONARDO.—No se incomoden ustedes.

D. ENRIQUE.—Les acompaño hasta el vestíbulo.

MAGDA.—Adiós.

RICARDO.—Adiós. **(Mutis por el foro, a excepción de Ricardo y Magda. Al salir, Cándido le indica a Leonardo que dé el brazo a Sofía.)**

ESCENA XI

Dichos y don ENRIQUE, por foro

D. ENRIQUE.—**(Sin querer ver y con el sombrero en la mano.)** ¡Por fin! Creí que no se iban más. Bueno, muchachos, me voy. No les hago más compañía porque me espera mi secretario. Adiós, hija. Deja que te bese... **(La besa.)**

MAGDA.—Papá.....

D. ENRIQUE.—¿Vas a llorar? Mira, no tengo tiempo... Reprime el llanto. Debes tener entereza... Y ya lo sabes... si algo necesitas..... tienes a tu padre. Adiós, adiós. **(A Ricardo.)** Buenas noches. **(Mutis por foro.)**

RICARDO.—Buenas noches.

ESCENA FINAL

RICARDO y MAGDA

(Un nuevo silencio. Después, Magda, pausadamente inicia el mutis hacia la derecha. Ricardo intenta contenerse y no lo consigue.)

RICARDO.—Magda.

MAGDA.—**(Volviéndose y con acritud.)** ¿Qué?

RICARDO.—Nada... Nada... **(Torna Magda a encaminarse hacia la derecha. Cuando ya marcaría el mutis, Ricardo va hacia ella. Magda se vuelve y le mira con desprecio.)**

RICARDO.—Magda.

MAGDA.—**(Más dura.)** ¿Qué?

RICARDO.—¿Por qué me rechazas?

MAGDA.—Le ruego, señor, que no me tutee.

RICARDO.—**(Humilde.)** Magda....

MAGDA.—Esta es mi alcoba. **(Derecha.)** Aquella la suya. **(Izquierda.)**

RICARDO.—Señora...

MAGDA.—¿Qué pretendía? El nuestro es un simple contrato: mi fortuna por su nombre. Nada más. Yo no le amo. ¿Qué quiere de mí?

RICARDO.—Cariño.

MAGDA.—¡Hasta donde! Yo no creía que se pudiera caer tan bajo... ¡Mentirme amor! A mí, que le he comprado como se compra una cosa, como se compra un objeto! Más gallardo fuera el mostrarse el especulador calculista y frío, que representar una farsa innoble...

RICARDO.—Si la quiero...

MAGDA.—Su pretensión es humillante. Claro... ¿Quién soy yo? Una mujer sin honra! Primero... de cualquiera, antes que suya!

RICARDO.—Magda, por piedad... Si la amo... Si te quiero... Yo entré aquí como un comerciante, no lo niego, pero te ví, te sentí y poco a poco mi alma se sintió penetrada de tu belleza... Quise alejarme, y ya no podía. Estaba envuelto en tu aroma de gracia, prendido para siempre... y sentí asco de mí mismo, y me sentí esperanzado creyendo en tu conquista, en que algún día se rompiese tu indiferencia, se esfumara tu desprecio... Llegué a tí por una senda innoble, lo comprendo, pero el amor purifica, el amor purificó mi senda...

MAGDA.—Calla. Cuanto más hablas más cínico me pareces.

RICARDO.—Si pudieras ver en mi corazón...

MAGDA.—Allí, donde has puesto tu mano, tienes de seguro el cheque con que mi padre compró tu vergüenza.

RICARDO.—Tienes derecho a insultarme. Prefiero que me insultes a que no me hables. De la indiferencia nada puedo esperar. Del odio puedo esperar el amor...

MAGDA.—Quererte yo a tí.... ¿No comprendes que si te tuteo es para despreciarte mejor? **(Un silencio.)**

RICARDO.—Bien. De acuerdo. Esa es su alcoba de usted.. **(Derecha.)** Esta es la mía. **(Izquierda.)** ¿Nuestras vidas serán independientes, ¿no?

MAGDA.—En absoluto.

RICARDO.—**(Sentándose en el brazo de un sillón y encendiendo calmosamente un pitillo.)** Perfectamente. Deslindemos posiciones. Libertad de acción en todos nuestros compromisos pero guardándonos el respeto que señala la ley. **(Transición.)** ¿Piensa usted buscarse otro amor?

MAGDA.—No se haga usted el insolente.

RICARDO.—Señora: es una parte del contrato que estamos reglamentando. Usted no podrá engañarme sin previa advertencia, quiero discutir el candidato. Necesitará usted mi visto bueno. Yo procederé en la misma forma. No he de enamorarme sin que "ella" le agrade a usted. Componemos una razón social muy seria: si uno de ambos falta al contrato, el otro podrá exigir el divorcio, o a la manera yanqui, el pago de una indemnización... Ante los amigos, seremos un matrimonio cariñoso. Usted, cuando le plazca, me pedirá que la lleve a paseos o al teatro. Yo no tendré ese derecho. Se lo concedo a usted... ¿Olvido algo?

MAGDA.—Cada uno de nosotros recibirá a sus amigos, no pudiendo ninguno de los dos hacer objeciones a las amistades del otro.

RICARDO.—¿Comeremos a la misma mesa?

MAGDA.—El día que tengamos invitados, de lo contrario no.

RICARDO.—¿Resta algo más?

MAGDA.—Sí.

RICARDO.—¿Qué?

MAGDA.—Mi... Mi hijo...

RICARDO.—Ah....

MAGDA.—¿Qué piensa usted?

RICARDO.—Cumplir mi palabra.

MAGDA.—¿Cuál?

RICARDO.—Educarle como si yo fuese su padre.

MAGDA.—Yo quiero intervenir en su educación.

RICARDO.—Estableceremos un programa. **(Silencio profundo.)**

MAGDA.—¿Nada más?

RICARDO.—Nada más. **(Pausa.)**

MAGDA.—**(Decidiéndose.)** Buenas noches. **(Mutis primera derecha.)**

RICARDO.—**(Sin moverse.)** Buenas noches. **(Unos segundos después de salir Magda, Ricardo se dirige, en un arranque, hacia la alcoba de ella, pero ante la puerta se detiene y luego de diseñar un gesto de fracaso, se vuelve lentamente hacia su alcoba, mientras también, lentamente, cae el**

TELON

ACTO II
(Despacho de RICARDO)

(Un despacho puesto con lujo pero con elegancia. Lienzos, esculturas, etc. Una gran biblioteca cubriendo el muro de la izquierda. Puertas: una al foro y dos a la derecha. Es de tarde.)

ESCENA I
LEONARDO, CANDIDO y CRIADO, que entran por la puerta del foro

CRIADO.—Tomen ustedes asiento. El señor está en el baño. Voy a avisarle. (Mutis segunda derecha.)

LEONARDO.—No tenemos prisa. (A Criado.)

CANDIDO.—Hace ya dos meses que no le veo.

LEONARDO.—Nosotros seguimos siendo los camaradas de siempre. ¡Pobre Ricardo! No te imaginas cuanto sufre...

CANDIDO.—¡Qué tonto!

LEONARDO.—La quiere y ella le desprecia. No como antes, pues la muerte del nene de Magda acortó un tanto las distancias....

CANDIDO.—¿Murió el chico?

LEONARDO.—¿No lo sabías?

CANDIDO.—A la estancia ni diarios llegaban por suerte.

LEONARDO.—Murió a los ocho días de nacido. Ricardo no se separó un momento de la cuna. Parecía su padre. Pero Magda es desconfiada y creyó adivinar en ese gesto de Ricardo un lazo burdo... Ahora ha surgido un peligro nuevo. ¿Recuerdas a Juncal, el pedante primo de Magda, que se marchó a Europa hace unos meses?

CANDIDO.—Aquel sujeto que finge ser la petulancia asentada en dos piernas humanas?

LEONARDO.—El mismo. Pues en el club dice a boca llena que fué el amante de Magda.

CANDIDO.—No veo el peligro. Ricardo es un verdadero filósofo. Es de mi escuela. Ha sabido matar su conciencia.

LEONARDO.—No me parece. Ricardo no iba nunca al club y desde que apareció Juncal no deja de ir un sólo día. Aún no se han encontrado. Temo el encuentro porque adivino en Ricardo intenciones de provocarle.

CANDIDO.—Bah! Ya veremos a Juncal asistiendo a nuestras tertulias....

LEONARDO.—No conoces a Ricardo.

CANDIDO.—Pero conozco a las mujeres... (Pausa.)

LEONARDO.—¿Y Sofía?

CANDIDO.—Anda de tiendas. Pasará a recogerme. Ahora que recuerdo... Sofía me habló ayer de Juncal con mucho entusiasmo... Se encontraron en Sarandí. Según me dijo son excelentes camaradas..... Hace muchos años que se conocen... Quedó en invitarle a cenar. No me es muy simpático, pero yo respeto mucho a los amigos de mi esposa...

ESCENA II

Dichos y RICARDO, después CRIADO

RICARDO.—**(Por segunda derecha.)** Amigo Cándido...
CANDIDO.—Ricardo....
RICARDO.—¿Desde cuando en Montevideo?
CANDIDO.—Llegamos anteayer.
RICARDO.—¿Y recién hoy te acuerdas de mí? ¿Y Sofía?
CANDIDO.—No debe tardar. Anda a la compra de trapos.
RICARDO.—**(A Leonardo.)** Creí que ya no vendrías.
LEONARDO.—Me retrasé un poco.
CANDIDO.—¿Van a salir?
RICARDO.—Hasta el club. Pero lo mismo da. Iremos por la noche.
CANDIDO.—¿Y Magda?
RICARDO.—En sus habitaciones. ¿Quieres saludarla?
CANDIDO.—Con mucho gusto. **(Ricardo toca el timbre.)**
CRIADO.—**(Por segunda derecha.)** ¿Señor?
RICARDO.—Acompañe al señor hasta las habitaciones de la señora.
CANDIDO.—Gracias. Les veré aquí, después, ¿no? **(Mutis con Criado por primera derecha.)**
RICARDO.—Sí.

ESCENA III

RICARDO y LEONARDO

RICARDO.—Tienes de regreso a tu amante....
LEONARDO.—Ya me ha olvidado.
RICARDO.—¡Cómo!
LEONARDO.—Me aseguran que ya me sustituyó.
RICARDO.—Hombre... ¿y quien es el afortunado?
LEONARDO.—Juncal.
RICARDO.—¿Eh?
LEONARDO.—Sí, el primo de Magda.
RICARDO.—Juncal...
LEONARDO.—Lo único que lamento es el poco gusto de Sofía. Para las mujeres todos los hombres somos iguales. ¿Recuerdas a Lilí, la alegría de nuestro cuchitril?
RICARDO.—Mucho...
LEONARDO.—La sostiene un banquero que es una caricatura animada. Lilí, un bibelot, una estatuilla de Sevres, blanca como un copo de nieve.
RICARDO.—Lilí.... ¿Recuerdas, Leonardo, cuantas noches veló mis sueños de fiebre? ¿Cuántas veces sus manos frescas calmaron el calor de mis sienes? Pobrecita... Mucha hambre sintió a nuestro lado... No cambio un beso tuyo, me decía, por un millón de billetes... Hoy, ella la amante enjoyada de un nuevo rico, y yo... yo duermo en lecho mullido, pero duermo solo.
LEONARDO.—Pero has triunfado en el Arte. Eres el poeta y el dramaturgo más leído y más aplaudido. Los editores se disputan tus obras. Los empresarios te pagan las primicias a precio de oro...
RICARDO.—No he matado mi conciencia, Leonardo. Además... La quiero.... Esto no es amor, es pasión, es adoración.... y debo permanecer indiferente, como si nada fuese para mí... No ha cambiado. Y ha llegado el [illegible] y temo Leonardo, temo por Magda y temo por mí.... La duda muerde en mis nervios. Estoy en tensión contínua. Hay momentos en que deseo que me engañe. ¿Crees tú que Magda me engaña?
LEONARDO.—Vas a enloquecerte con esas ideas. No pienses en Magda. Y si no logras matar tu amor, déjala, abandónala. Un viaje por

Europa te haría mucho bien. Hasta cimentarías tu fama. Con el sello europeo nadie te discutiría.

RICARDO.—Ni siquiera consigo escribir dos líneas. Toda mi obra publicada está compuesta en nuestra guardilla, cuando la risa clara de Lilí alegraba nuestras horas de hambre y de penas... Ahí tienes mis libros: los dejé para que Magda tuviese la indiscreción de leerlos y ni siquiera se ha llevado uno!

ESCENA IV

Dichos y SOFIA

SOFIA.—**(Por foro.)** Buenas tardes, amigos míos....

RICARDO.—Sofía, ¿cómo está usted?

SOFIA.—De vuelta del campo, más gordota y más satisfecha que nunca....

LEONARDO.—Señora.

SOFIA.—Leonardo...

RICARDO.—Tome usted asiento.

SOFIA.—Gracias... ¿No llegó aún Cándido?

RICARDO.—Sí. Lo ha retenido Magda.

SOFIA.—Ya supe la desgracia. ¡Pobre Magda! Perder su hijito.... Un niño sería la felicidad de mi vida.

LEONARDO.—¿Y Cándido qué dice?

SOFIA.—Nada. Dios no quiere ayudarnos.... Son tan hermosos los muñecos llorones... Parecen de porcelana... Magda estará inconsolable... Pobrecita... Ella que es tan cariñosa...

ESCENA V

Dichos y CANDIDO (por primera derecha.)

RICARDO.—**(Con un suspiro de alivio.)** Ahí le tiene usted.

SOFIA.—Magda! Pero si es Cándido... ¿Y Magda?

CANDIDO.—Quedó de charla con Ernesto. **(Gesto de desagrado en Ricardo.)**

SOFIA.—Ya sabemos, Ricardo, de sus grandes éxitos... ¡Quién lo iba a decir!

RICARDO.—**(Riendo.)** Tiene usted razón.

SOFIA.—¿He dicho alguna inconveniencia?

CANDIDO.—Tú no dices inconveniencias nunca, querida. Las mujeres, a lo sumo, dicen ingenuidades.

RICARDO.—Supongo que me acompañarán ustedes a tomar el té.

LEONARDO.—Como quieras.

SOFIA.—Yo lo tomé ya en "El Telégrafo" con Juncal y Sara, pero les acompaño.

RICARDO.—Pasemos al comedor.

SOFIA.—¿Y Magda?

RICARDO.—Acostumbra a que la sirvan en sus habitaciones... **(Mutis Sofía, Cándido, Leonardo y Ricardo, por segunda derecha. Al salir Cándido indica a Leonardo que le dé el brazo a Sofía.)**

ESCENA VI

MAGDA y ERNESTO (por primera derecha)

MAGDA.—No, no están aquí.

ERNESTO.—El santuario está abandonado.

MAGDA.—Así parece....

ERNESTO.—Magnífica biblioteca.... Los más grandes autores. Pero mis novelas no las encuentro. Hola! Aquí están los libros de Ricardo... No me gustan: tienen las carátulas demasiado sosas... Hay exceso de sencillez. En cambio, ¿admiró usted la carátula de mi "Luna de sangre"? Allí hay colorido.

MAGDA.—No conozco las obras de Ricardo.

ERNESTO.—Con perdón sea dicho, creo que no pierde usted mucho. Ricardo es un romántico moderno. Supedita el amor al alma, cuando el amor es algo subalterno de la carne. El alma no siente porque no existe. La carne sufre y goza porque existe. Yo soy un enamorado de la carne. No creo en los amores platónicos.

MAGDA.—**(Toma un libro de Ricardo y lee la cubierta.)** "Apuntes de un fracasado". **(En una hoja del libro.)** "Cantan los niños sus canciones ingénuas al pié de mi ventana abierta a un cielo azul."

ERNESTO.—¿Lo ve usted? Romanticismo Siglo XX.

MAGDA.—**(Leyendo en otra página.)** "El voltear de la campana alegre de la pequeñita iglesia entra muy de mañana en mi cuarto. ¿Cuando, la voz de ella, entrará también alegre en mi cuarto, para no irse nunca más?"... **(Pensativa.)** Dice cosas muy bonitas....

ERNESTO.—**(Queriendo borrar la impresión.)** La literatura romántica es una enfermedad que anula los sentidos. Yo siento una conmiseración infinita ante una mujer que no tiene la dicha de ser besada con el fuego que reclama la rojez de sus labios....

MAGDA.—**(Que se ha sentado, leyendo en otra página del libro.)** "Eres luz, ave, estrella, nube, aroma, cielo. Por eso el mundo me parece bello. Es que el mundo ha dado de sí sus cosas más exquisitas para formarte. Te amo como se ama a una flor. Mis besos serían suaves como el roce de un pétalo. Mis caricias serían leves como el contacto de un ala..." **(Ernesto se ha ido acercando hasta apoyar sus brazos en el respaldo de la silla de Magda, quien ha inclinado su cabeza como abatida por un ensueño.)**

ERNESTO.—Eres brasa, eres fuego, eres llama. Dios te ha hecho de lujuria. Tienes el aroma del pecado. Mis manos al acariciarte serían tenazas forjadas en la fragua del sensualismo. Tu nuca blanca es un poema de voluptuosidad... **(Y la besa en la nuca con beso restallante.)**

MAGDA.—**(Se yergue como si la hubiesen abofeteado.)** Caballero!

ERNESTO.—Magda....

MAGDA.—Retírese!

ERNESTO.—Perdón, Magda, yo creía...

MAGDA.—Retírese!

ESCENA VII

Dichos y RICARDO, por segunda derecha

ERNESTO.—**(Advirtiendo a Ricardo.)** Y así termina el drama, señora. Ella en un gesto de altivez rechaza al marido inconsecuente y hace mutis por el foro.

RICARDO.—Para final de un drama me parece la escena demasiado falsa... Además... además un drama sin una muerte resulta sólo una comedia...

ERNESTO.—No lo había advertido. Tiene usted razón. He de cambiar la última escena....

RICARDO.—¿Y si el marido matara a la mujer?

ERNESTO.—Es muy anticuado. En cualquier drama encuentra usted ese final.

RICARDO.—¿Y si el marido matara al amante?

ERNESTO.—El marido haría el ridículo y mi personaje lo he trazado como a un hombre superior...

RICARDO.—Y tú, Magda, ¿no puedes darle un final a la comedia de tu amigo Ernesto?

MAGDA.—(**Que oculta el libro a sus espaldas.**) Yo no se de comedias.

RICARDO.—Son tan intuitivas las mujeres... Piénsalo, Magda, piénsalo, escarba en tu cerebro, busca un final, crea una escena... ¿No tienes la visión del suceso? El marido, la mujer y el amante. ¿No es así? La trilogía eterna... El marido fieramente hosco; el amante fingiendo una serenidad que no siente... la mujer... la mujer bellamente pálida, con un temblor en los labios y una opresión en el pecho... Teme por el amante y no teme por el marido... Y resulta que el marido es un hombre superior y sonriendo le dice al amante. Caballero, aquí no ha pasado nada, puede usted retirarse... Y a la trémula dama: Ponte un poco de carmín en las mejillas y en los labios que la palidez te afea mucho... Mientras, cae lentamente el telón....

ERNESTO.—(**Tomando su sombrero.**) Admirable! Admirable! (**Marcando el mutis.**) Es usted un verdadero maestro... He de aprovechar la escena... Muchas gracias... Tiene Vd. un talento único... Admirable! Admirable!... (**Mutis por puerta foro.**)

ESCENA VIII
RICARDO y MAGDA

RICARDO.—No es mala la idea, ¿verdad, señora?

MAGDA.—Me habla usted con una entonación que ofende.

RICARDO.—Es una consecuencia del esfuerzo creador. No se preocupe usted....

MAGDA.—Es que...

RICARDO.—¿Qué?

MAGDA.—Qué recién comprendo el sentido de sus palabras y no puedo admitir la más ligera sospecha sobre mi conducta.

RICARDO.—Ya le he dicho a usted que no se preocupe. (**Revolviendo papeles.**) Ah.... precisamente. Quería hablarle de nuestro contrato, del famoso contrato que con nuestra palabra rubricamos la noche de nuestras bodas... .

MAGDA.—Contrato que yo he cumplido fielmente.

RICARDO.—No lo dudo. En seis meses no ha violado usted ninguna cláusula. Pero... (**Pausa.**) Dice el contrato que usted no podrá engañarme sin previa advertencia, encontrándome yo, con usted, en el mismo caso. Esa cláusula, hoy... sobra.

MAGDA.—¿Ha encontrado usted un amor?

RICARDO.—Aún no.

MAGDA.—Entonces....

RICARDO.—Quiero librarla de su palabra...

MAGDA.—No lo necesito.

RICARDO.—¡Ah!

MAGDA.—No, no. Me ha entendido usted mal. Para ser honesta no necesito ninguna cláusula de ningún contrato.

RICARDO.—(**Suave.**) No le pido a usted explicaciones....

MAGDA.—Pero yo quiero darlas... No quiero que se me juzgue ligeramente. Lo hago por mí, no por usted...

RICARDO.—Ya lo sé. (**Pausa.**)

MAGDA.—Si no me cree usted indiscreta, ¿podría decirme el porque de la supresión?

RICARDO.—Con sumo gusto. (**Calmo.**) Hace días llegó de Europa su primo Juncal.

MAGDA.—(**Ahogando un grito.**) Juncal....

RICARDO.—El mismo.

MAGDA.—(**Reacciona.**) ¿Y con eso?

RICARDO.—Creí adivinar su deseo de librarse de todo compromiso.

MAGDA.—No! No! Yo le debo a usted una explicación... Yo debo decírselo todo... Usted debe conocer la infamia.

RICARDO.—Nada le pido, señora.

MAGDA.—Pero yo, quiero decírselo, yo quiero gritarlo, yo quiero sincerarme... Juncal fué mi amante de una noche, no lo niego. Pero escúcheme usted... Fué mi amante en complicidad con mi inexperiencia... La fatalidad me venció.... Una noche, mi padre, me llevó a una fiesta social, a un baile de máscaras que terminó en una cena con caracteres de orgía... Mi padre, que no sabe más que de sus negocios y de sus placeres, me abandonó a mi albedrío... Yo, mareada por el ambiente y el alcohol, excitada por las caricias que se prodigaban impúdicamente ante mis ojos, enardecida por el aliento y las palabras dulces del canalla de Juncal, caí sin sentido en sus brazos, caí como hubiese caído la virtud más zahereña, caí... caí como una cualquiera... (**Llora.**) Después... ¡Cuántos días de llanto y de vergüenza! El canalla que se niega a reparar su infamia... La frialdad de mi padre, que no vió en mi caída sino mi deseo de caer... ¡Mi deseo de caer... .

RICARDO.—(**Frío.**) ¿No volvió usted a verle?

MAGDA.—Nunca más. Huyó como un cobarde que era... Yo me hubiese vengado sañudamente! Ah... pero ha vuelto! ¡Ha vuelto!

RICARDO.—Señora: usted pertenece a mi honra. El escándalo me desacreditaría... El pasado ha muerto. ¿Qué le importa a usted el pasado? ¿Para qué se violentaría? ¿A quién habría de interesar su actitud? Quizá la gente encontrara motivos que no existen.....

MAGDA.—¡Cómo defiende usted su posición! Nunca deja de ser usted el calculista frío y matemático, razonador y egoísta.

RICARDO.—Me conoce usted como si no fuera usted mi esposa.... (**Va hacia sus libros y nota la falta de uno. Sonríe. Magda oculta el que tomara.**) He dejado a mis amigos en el comedor y extrañarán mi falta, ¿quiere usted acompañarnos?

MAGDA.—Gracias, no me siento bien....

ESCENA IX
Dichos y SOFIA

SOFIA.—(**Por segunda derecha.**) ¿Nos había olvidado, Ricardo? Magda, ¿cómo estás? Creí que me iría sin saludarte.... (**Se besan. Ricardo hace mutis segunda derecha.**) Te encuentro más hermosa, más sana, más repuesta... ¿Y a mí no me dices nada?

MAGDA.—Hija, si te lo dices todo tú....

SOFIA.—Es el carácter, como dice Cándido... Tanto tiempo sin verte... Cuenta, cuenta. ¿Se han arreglado ustedes? ¿Has gustado los primeros besos de amor? Son deliciosos, ¿verdad? Recuerdo los míos.... Largos y apretaditos... Cándido los ha olvidado... Pero Cándido es muy bueno....

MAGDA.—Excesivamente bueno.

SOFIA.—Cierto. Excesivamente bueno. Una libertad sin obstáculos en todas mis acciones... Es un verdadero marido a la moderna. Yo lo reconozco... Soy capaz de amar furiosamente durante un mes, hasta de matar por una infidelidad, pero luego... Yo no sé, me transformo, encuentro en el amado defectos que antes no advirtiera, hasta su voz me fastidia y encocora... ¡Y a otro! (**Ante un gesto de Magda.**) ¿Te parezco una cínica, verdad? (**Transición.**) Cuando los años pasen y veas que tu juventud comienza a perderse en pequeñas arrugas y te hayas dado cuenta que dejas muchos de tus deseos sin satisfacer, te lanzarás en una carrera alocada en busca de sensaciones que sacudan tus nervios...

MAGDA.—No. Te equivocas. No me he civilizado a pesar de que me educaran en la escuela en la que no se sabe cual es el bien y cual es el mal... Mi alma es salvaje. Yo estoy hecha para amar intensamente una

sóla vez en la vida.

SOFIA.—¿Y amas?

MAGDA.—No lo sé. Creo que no.

SOFIA.—Ricardo...

MAGDA.—Me deslumbra y me repugna. Está hecho de luz y de tinieblas. Es un enigma. El no hace nada tampoco porque yo le quiera. A cada momento, en cualquier detalle, me advierte el origen de nuestro matrimanio. ¿Es sincero? ¿Miente? No sabría decirlo. Su alma está cerrada a mi análisis. Hoy mismo, indirectamente, me ha concedido el que ame a otro.....

SOFIA.—¿Piensas en él?

MAGDA.—Lo confieso: mucho. Pero es curiosidad. Es el afán de saber que se oculta detrás de su frente... Diera mi fortuna por descifrarle.

SOFIA.—Tú le amas, Magda.

MAGDA.—No, no. Estás loca? Le desprecio, le odio, le excecro. Es un miserable que por treinta dineros canjeó su hombría de bien. Ricardo tiene una amante: la Gloria. Cuando por ella se ha vendido, figúrate si la querrá!

SOFIA.—¿Y no querrá llegar a la Gloria para llegar hasta tí?

MAGDA.—Sus alas están muy arriba, pero sus pies están en el fango.

SOFIA.—Pobre Magda.... **(Una pausa.)** ¿Qué lees?

MAGDA.—Nada. Un libro de Ricardo que he tomado al descuído...

SOFIA.—Permíteme... "Apuntes de un fracasado". Sugestivo el título ¿eh? **(Leyendo.)** "Dices que la amas, y porque hallaste una oruga en su cbello, caída de una rosa, no besaste sus trenzas de oro"...

ESCENA X

Dichas, RICARDO, CANDIDO y LEONARDO, por segunda derecha

CANDIDO.—Mi mujer con un libro en la mano! Dios mío! ¿Estará enferma? **(Ricardo y Leonardo ríen. Magda le arrebata el libro a Sofía y le oculta.)**

SOFIA.—**(A Magda.)** ¿Y ahora?

MAGDA.—Calla!

CANDIDO.—Me alarmaste, querida.

SOFIA.—¿Por?

CANDIDO.—Leías o fué una ilusión de óptica?

MAGDA.—Una ilusión, Cándido.

CANDIDO.—No discuto y creo: me resultaba irreal. Sin embargo, ¿a que ninguno de nosotros, ni la misma Sofía, ha dejado de leer los periódicos que narran el drama que ha dado en llamarse del Prado?

MAGDA.—No leo periódicos.

SOFIA.—Un crímen interesantísimo. No se habla de otra cosa en los círculos sociales.

RICARDO.—No fué un crímen, fué el cumplimiento de un deber y de un derecho.

LEONARDO.—Debió matar sólo a ella.

MAGDA.—Si no aclaran sus frases....

CANDIDO.—Una mujer que engaña a su marido. El marido que les sorprende en un poético y umbrío rincón del Prado y que les ultima a tiros. Nada más.

SOFIA.—Qué animalote el marido.

MAGDA.—Se condujo como un hombre honrado.

CANDIDO.—En esas dos exclamaciones se encierran las ideas de la gente. ¿Debió matar? ¿No debió matar?

LEONARDO.—El interés radica en el conocimiento de los antecedentes y de los caracteres de los personajes... De un celoso no puede esperarse sino la muerte. Yo quisiera contemplar, por ejemplo, a un hombre como Cándido, en un trance de esa naturaleza.

SOFIA.—¡Leonardo!

CANDIDO.—Leonardo dice bien. ¿Yo? No sé. Soy un perezoso: creo que no mataría. ¡Qué he de matar yo! Mi crimen mayor ha sido matar mi conciencia. Y creo que no fué crimen sino un gesto virtuoso.

RICARDO.—Yo poseo un gran dominio de mis nervios, pero soy un indio en los sentimientos. ¡Mataría!

MAGDA.—Amando... ¡Yo también mataría!

CANDIDO.—Indudablemente que el conflicto es serio. Quizá en el hombre no prime su amor, sino el miedo. El miedo a la sociedad es el gran asesino. Mientras la sociedad se burlase de mí a hurtadillas, yo ignoraría... pero si se burlase en mis barbas, se produciría el derrumbe de todos mis conceptos filosóficos. La filosofía, en la realidad dura y escueta, es un simple castillo de naipes....

SOFIA.—Yo no entiendo mucho de literaturas, pero debe ser muy bonito morir por el hombre amado....

RICARDO.—El sólo hecho de imaginarme en el lugar del marido me pone nervioso....

ESCENA XI

Dichos y CRIADO

CRIADO.—**(Por segunda derecha.)** Señor: estas pruebas de la imprenta.

RICARDO.—**(Las toma.)** ¿Esperan?

CRIADO.—No, señor. Piden que las devuelva usted antes de la noche.

RICARDO.—Bien. **(Mutis Criado segunda derecha.)** Del último pliego de mi nuevo libro. Perdonen.... **(Siéntase al escritorio a escribir. Los demás deben tratar de colocarse sin esfuerzo, en esta forma: Leonardo y Sofía a la izquierda. Cándido y Magda a la derecha, junto a la mesilla del teléfono.)**

CANDIDO.—En tu casa estás... **(A Ricardo.)**

LEONARDO.—**(A Sofía.)** ¿Con que ya me has olvidado?

SOFIA.—Qué quieres... Te olvidé. De todos modos tú ya no me querías....

LEONARDO.—Es verdad.

SOFIA.—Has sido malo conmigo, por eso no te odio. Me hicistes feliz, por eso te recuerdo con algún cariño.

LEONARDO.—Yo fuí feliz contigo durante un mes.

SOFIA.—¿Te parece poco?

CANDIDO.—**(A Magda.)** Una vez creí en el amor y quedé mal parado. Pero usted puede amar, debe amar, Magda, y conste que a nadie doy este consejo. Soy enormemente egoísta. Todo mi excepticismo es mentira, Magda; yo amaría como un muchachuelo. A veces siento renacer en mí las inquietudes de mi mocedad, las mismas ansiedades, los mismos temblores, los mismos deseos, y advierto junto a mí a Sofía y un velo melancólico cubre el ensueño y río, río como un imbécil en medio de la noche silenciosa....

MAGDA.—Usted, Cándido.

CANDIDO.—Yo, Magda, yo. Yo que soy un cínico, porque soy un fracasado. Y me descubro ante usted para que no cercene sus ilusiones. Usted es joven, buena, hermosa, y tiene derecho a la felicidad. El amor juguetea en torno suyo y no debe dejarle usted huir...

MAGDA.—Si no me ama, si no me amó nunca. Se casó conmigo por mi fortuna.... **(Suena el timbre del teléfono.)**

RICARDO.—¿Quieres atender, Magda?

MAGDA.—**(Al teléfono.)** ¡Hola! ¡Hola! Sí, habla usted con la casa del señor Martínez. ¿Cón quien? Ah... ¿cómo estás? Bien, gracias... Con Ricardo.... **(Con la voz afectada como si tuviese una revelación.)** ¿Quieres hablar con Ricardo? Ricardo no está en casa. **(Y cuelga el tubo. Todos se miran sorprendidos.)**

RICARDO.—**(Fríamente.)** ¿Quién llamaba?

MAGDA.—Ah... perdona... no se que me ha pasado... **(Dando timbre.)** Hola! Hola! Sara... oye... sí... está... ahí viene... No... no es nada... **(Deja el cubo y hace mutis violento por primera derecha.)**

RICARDO.—**(Teléfono.)** Hola! Sí, señor, él. Muy bien. Nada. Una pequeña confusión. Yo recién llegaba. ¿El libro? ¿Y con dedicatoria? Con mucho gusto. Mañana. Eso es. Adiós, Sara, adiós. Gracias. **(A los demás, despues de colgar el tubo.)** Sara me recuerda el envío de mi libro.

LEONARDO.—**(De pié. Los demás le imitan.)** Bueno querido, te dejamos.

SOFIA.—¿Y Magda?

CANDIDO.—**(A Sofía.)** Calla.

RICARDO.—En la imprenta pueden esperar.

CANDIDO.—No, no, nos vamos. Aún antes de cenar hemos de hacer visitas. Nos veremos por la noche en el club.

LEONARDO.—¿Irás?

RICARDO.—Como de costumbre.

SOFIA.—Adiós, Ricardo.

RICARDO.—Hasta mañana, Sofía.

LEONARDO.—Hasta luego.

CANDIDO.—Hasta luego.

RICARDO.—Adiós, adiós. **(Mutis de Sofía, Leonardo y Cándido, por el foro.)**

CANDIDO.—**(Al salir.)** Leonardo, dale el brazo a Sofía....

SOFIA.—Pero....

LEONARDO.—Pero....

CANDIDO.—Dáselo, hombre... Dáselo....

ESCENA XII

RICARDO. (Queda un instante meditativo. Luego vuelve a su escritorio y prosigue su trabajo. Hay una larga pausa.)

ESCENA XIII

RICARDO y MAGDA

MAGDA.—**(Por primera derecha, entra un tanto vacilante. Luego se sienta de modo que quede frente a Ricardo, y con voz temblorosa dice:)** Vengo a pedirle que me disculpe....

RICARDO.—**(Toda la escena con estudiada indiferencia y sin abandonar el trabajo.)** Ah... No se la causa...

MAGDA.—Estuve incorrecta con usted y con su... amiga.

RICARDO.—No advertí la incorrección. **(Pausa.)**

MAGDA.—Mis palabras fueron inconscientes: es que Sara me es muy antipática. No pude reprimirme.

RICARDO.—Yo creía que era su mejor amiga.

MAGDA.—Lo fué en un tiempo. Quien sabe que pensará de mí su...

RICARDO.—Amiga. No me interesa lo que piense.

MAGDA.—¿Qué no le interesa? Si se está muriendo por ella! Yo lo he visto. Nunca le deja a usted. Si todo el mundo lo sabe!

RICARDO.—Menos yo.

MAGDA.—¿Por qué oculta la verdad? La más sería de las cláusulas de nuestro contrato está rescindida. Ahora me explico el entusiasmo con que me regaló la idea... Y no ha tenido usted mal gusto del todo... Sara es bonita... Un poquito charlatana... ¡Y tiene dos dientes careados!

RICARDO.—No lo había advertido.

MAGDA.—Fíjese usted bien. En la parte superior, a la derecha. No hay nada más feo en una mujer que la dentadura enferma... Yo... yo la tengo sana... y blanca.

RICARDO.—Tampoco lo había advertido

MAGDA.—Grosero.
RICARDO.—Gracias. **(Pausa.)**
MAGDA.—¿Por qué escribe tanto?
RICARDO.—Para distraerme.
MAGDA.—¿Se aburre usted?
RICARDO.—Muchísimo.
MAGDA.—**(Rompiendo su pañuelito.)** Yo también me fastidio.
RICARDO.—Lo creo. **(Pausa.)**
MAGDA.—¿No sabe usted que dan esta noche en el Urquiza?
RICARDO.—"El corazón manda".
MAGDA.—Debe ser muy bonito.
RICARDO.—Una historia de amor.
MAGDA.—A mi me gustan tanto las historias de amor!
RICARDO.—Son estupideces sentimentales.
MAGDA.—No se puede hablar con usted.
RICARDO.—Callemos, entonces. **(Pausa.)**
MAGDA.—Yo he sido muy dura con usted, Ricardo.
RICARDO.—No se lo recrimino. Tenía usted todas las razones del mundo para ser como fué. Soy un vulgar comerciante.
MAGDA.—Qué lástima! **(Pausa.)**
RICARDO.—¿Decía?
MAGDA.—**(Hosca, y de pié.)** Nada.
RICARDO.—**(De pie y recogiendo Las pruebas.)** He terminado. Si alguno pregunta por mi, le ruego conteste usted que me encontrará en la imprenta o en el club. **(Inicia el mutis.)**
MAGDA.—No se queda usted... ¿No te quedas a cenar?
RICARDO.—No. Hoy no tenemos invitados. **(Mutis por el foro, como si huyera.)** Buenas tardes.
MAGDA.—**(Tristemente.)** Buenas tardes.

ESCENA FINAL

MAGDA.—**(Va hasta la puerta del foro. Queda allí unos segundos. Vuelve lentamente al medio de la escena. Se deja caer en un sillón. Su mano, tropieza, como al descuído, con el libro de Ricardo. Lo coge. Busca y lee "saboreando" las palabras.)** "Eres luz, ave, flor, aroma, cielo. Por eso el mundo me parece bello. Es que el mundo ha dado de sí sus cosas más exquisitas para formarte. Te amo como se ama a una flor. Mis besos serían suaves como el roce de un pétalo. **(Su voz se quiebra en un sollozo. Pero en un esfuerzo prosigue.)** Mis caricias serían leves como el contacto de un ala... **(Deja caer el libro y sobre este caen sus manos y su cabecita, rompiendo a llorar ruidosamente. En tanto baja el)**

TELON

ACTO TERCERO

Decoración de primer acto. Es de mañana

ESCENA I
RICARDO y CRIADO

RICARDO.—Ya lo sabe usted. Estaré en casa sólo para don Cándido y don Leonardo.

CRIADO.—Muy bien, señor.

RICARDO.—¿No sabe usted si se ha levantado la señora?

CRIADO.—Ya pidió el desayuno, señor.

RICARDO.—Bien, puede usted retirarse. **(Criado hace mutis por el foro, para volver casi enseguida.)**

CRIADO.—Está don Enrique, señor.

RICARDO.—¿No le dije a usted que no estaba para nadie? **(Criado mutis foro.)**

ESCENA II
RICARDO y don ENRIQUE

D. ENRIQUE.—**(Por puerta foro.)** Seré muy breve, estimado yerno.

RICARDO.—Usted dirá.

D. ENRIQUE.—Anoche, al llegar al club, supe con verdadero desagrado que acababa usted de tener un incidente con mi sobrino Juncal.

RICARDO.—Es verdad.

D. ENRIQUE.—Al principio creí que el incidente fuera provocado por alguna cuestión de juego, por alguna simple cuestión de club y no le dí mayor importancia. Pero después....

RICARDO.—¿Después?

D. ENRIQUE.—No faltó un buen amigo que me enterase de la verdad. Con gran sorpresa supe que provocó usted a Juncal e invocó a Magda.

RICARDO.—¿Y bien?

D. ENRIQUE.—¿Con qué derecho lleva usted a los clubs el nombre de mi hija o sea mi nombre?

RICARDO.—Su hija de usted es mi esposa.

D. ENRIQUE.—¿Pero con qué derecho, le pregunto, manosea usted mi nombre?

RICARDO.—En todo caso, si existe manoseo, es el de mi honra.

D. ENRIQUE.—¿Su honra? ¿Pero tiene usted honra?

RICARDO.—¡Caballero!

D. ENRIQUE.—No hagamos tragedia. ¿Qué se ha propuesto usted con llevar al comentario de la gente el nombre de mi hija? Yo no comprendo su actitud.

RICARDO.—¿Usted sabe que decía Juncal a quien quisiera oirle?

D. ENRIQUE.—No.

RICARDO.—Que fué el amante de Magda.

D. ENRIQUE.—Ya lo se.

RICARDO.—¿Entonces?

D. ENRIQUE.—¿No comprende usted que sólo con decirlo no conven-

cería a nadie? La gente dudaría siempre. Pero ahora con el incidente ha conseguido usted que la gente no dude más. Ese duelo no puede, no debe realizarse. Tiene usted que dar a mi sobrino las explicaciones del caso. Yo he hablado con él y hemos acordado que en las actas que se publiquen, usted se excuse, diciendo él a su vez que sus palabras no pasaron de una broma de club.

RICARDO.—¿Usted me propone eso?

D. ENRIQUE.—Los dos quedan bien ante el mundo. ¿No se imagina usted el escándalo que produciría el duelo?

RICARDO.—Yo no acepto esa solución cobarde.

D. ENRIQUE.—Si desiste usted... le obsequio con otro cheque.

RICARDO.—¡Caballero! **(Transición.)** Tiene usted razón... ¿Qué se me puede proponer a mí, que ya me he vendido una vez? ¿Sabe Magda lo que ocurre?

D. ENRIQUE.—No. No he querido disgustarla. ¿Por cuanto extiendo la orden?

RICARDO.—No insista usted.

D. ENRIQUE.—Cómo.

RICARDO.—Qué me batiré.

D. ENRIQUE.—Medite el paso que dá.

RICARDO.—Nada tengo que meditar.

D. ENRIQUE.—¡No pondrá usted más los pies en esta casa!

RICARDO.—Esta casa... ¿no es mía?

D. ENRIQUE.—Cierto que con ella le compramos... Perdone... No recordaba... Pero Magda no puede seguir a su lado. Se irá a vivir conmigo.

RICARDO.—Si Magda lo desea.. Es muy posible que Magda lo desee... ¡Se ha preocupado tanto usted por ella! Más que su padre, ha sido usted su verdadera madre....

D. ENRIQUE.—¿También insultos?

RICARDO.—Yo no se insultar, como me decía usted cierta vez... Yo no se ver las cosas desde el punto de vista moral... Sólo se ver las cosas desde el punto de vista comercial....

D. ENRIQUE.—¡Es usted un cínico!

RICARDO.—Vaya una novedad....

D. ENRIQUE.—**(Furioso, hace mutis, por foro.)** Un cínico! Un cínico! Un cínico!

ESCENA III

RICARDO. LEONARDO y CANDIDO, por puerta del foro, algo después de de salir don ENRIQUE. Ricardo, entre tanto, ordena papeles.

LEONARDO.—Buenos días.

RICARDO.—¡Hola!

CANDIDO.—Para ver como se matan dos hombres tener que abandonar el lecho voluptuoso!

RICARDO.—¿Terminaron?

LEONARDO.—Sí. Los coches esperan abajo.

CANDIDO.—Tenemos las pistolas y el médico. Yo me oponía a que se llevasen las pistolas. Ingénuamente creía que con los médicos era bastante.... Pero Leonardo me convenció de lo contrario: las pistolas sirven para abrir el camino a la muerte y los médicos para continuarlo hasta el final.

RICARDO.—¿Las condiciones?

CANDIDO.—Hemos cumplido tus deseos. A simple muerte, nada más. Diez pasos. ¡Pum! ¡Pum! ¿Cayó uno? ¿No? Pues otra vez. ¡Pum ¡Pum! ¿Cayó alguno? ¿No? Pues adelante! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pam!, etc., etc., hasta que uno de los duelistas no diga ¡ay!

RICARDO.—¿Lugar?

LEONARDO.—En un barracón de la calle Isla de Flores. Podemos ir

marchando.

CANDIDO.—¿Y Magda?

RICARDO.—Nada sabe.

CANDIDO.—En cambio dejé a Sofía en un ataque de nervios. Estas cosas la impresionan enormemente.

RICARDO.—¿Tengo que llevar algún objeto?

CANDIDO.—Nada. Un poco de valor, nada más.

RICARDO.—Es poco por suerte. Voy a escribir unas líneas... **(Va al escritorio y se pone a escribir.)**

CANDIDO.—**(A Leonardo.)** El duelo es una invención de los diestros cobardes. Un sinvergüenza se coloca al mismo nivel que un sujeto noble. El sujeto noble, que jamás creyó ir a un duelo, precisamente porque se fía en su nobleza, se pone frente al adversario sin preparación alguna, frente al adversario que sabiéndose precisamente sinvergüenza está predispuesto a ir al terreno del honor en defensa de su desvergüenza...

LEONARDO.—Y sin duelo ¿cómo arreglarían los caballeros sus asuntos de honor?

CANDIDO.—Para responder a tu pregunta, es preciso aceptar como existente el honor. Yo no se bien que se quiere decir con esa bonita palabra. Si tú a un jugador fullero le llamas tramposo, le manchas la honra. Si a sus trampas le llamas exceso de habilidad, no le ofendes. El honor es pues una sencilla cuestión de palabras.

LEONARDO.—¿Y el duelo?

CANDIDO.—Si un canalla te abofetea, ¿qué consigues con que te mate? Y aunque no te mate, si vas al duelo, por el hecho de batirte, le concedes la razón de haberte abofeteado.

LEONARDO.—Y si no vas al duelo la gente te dirá que eres un cobarde.

CANDIDO.—Ahí está el origen del duelo: lo que puede pensar la gente. Si no fuera por la gente, que buenos seríamos los hombres!

RICARDO.—Estoy pronto. **(Dándole una carta.)** Toma, Cándido.

CANDIDO.—¿Y esto?

RICARDO.—Una carta para Magda en caso de...

CANDIDO.—Ah.... una carta póstuma. **(Al marcar el mutis hacia el foro.)** Las cartas póstumas son como ciertas mujeres: hacen llorar cuando debieran hacer reir... **(Mutis Ricardo, Leonardo y Cándido, por puerta foro.)**

ESCENA IV
MAGDA, después CRIADO

(Magda, por primera derecha, con un libro en la mano. Se pone a leer. Pasan algunos segundos.)

CRIADO.—**(Por puerta foro.)** Señora.

MAGDA.—¿Qué desea?

CRIADO.—La señorita Sara pregunta por usted.

MAGDA.—**(De pié.)** ¿Sara?

CRIADO.—Sí, señora.

MAGDA.—¿Está el señor?

CRIADO.—No, señora. Ha salido.

MAGDA.—Bien. Hágala usted pasar. **(Mutis Criado por puerta foro.)**

ESCENA V
MAGDA y SARA

SARA.—**(Entra por puerta foro y se detiene.)**

MAGDA.—Entra.

SARA.—Perdona que te moleste.

MAGDA.—¿Cómo estás? Siéntate.
SARA.—Gracias. **(Pausa.)**
MAGDA.—Te encuentro desmejorada, pálida, ¿has estado enferma?
SARA.—No. He pasado muy mala noche. **(Pausa.)**
MAGDA.—**(Molesta.)** Pues...
SARA.—No sé como empezar....
MAGDA.—Tú dirás....
SARA.—He sido muy mala contigo, Magda...
MAGDA.—No comprendo porque me lo dices.
SARA.—Bien lo sabes.
MAGDA.—Si no te explicas....
SARA.—He querido arrebatarte a Ricardo....
MAGDA.—¿Tú?
SARA.—Yo, sí, yo.... No me condenes, Magda, sin oirme... Yo lo amaba... Yo lo amo....
MAGDA.—¡Calla!
SARA.—Yo lo amo todavía.
MAGDA.—**(Nerviosa.)** ¡No puedo oirte!
SARA.—Por lo que más quieras, escúchame, escúchame, Magda..... Creí que sería fácil hacerme amar... pero él te amaba, Magda... él te ama... te ama como deseaba que me amase a mí. Y quise vengarme.
MAGDA.—¿Qué dices?
SARA.—Loca, exasperada, sin dominio de mi razón, pensando que ya que no era mío no debía ser de nadie, y menos tuyo que no le querías...
MAGDA.—¿Qué hiciste?
SARA.—Excité a Juncal contra él.... Perdona, Magda, perdona... Preparé maestramente la escena, y....
MAGDA.—¿Y Ricardo? ¿Y Ricardo? **(Estrujándola.)** ¡Habla! Habla si no quieres que te abofetee, habla si no quieres que te... ¡Habla! ¡Habla!
SARA.—Me haces daño....
MAGDA.—¡Habla!
SARA.—A eso he venido... a evitar el duelo....
MAGDA.—¿El duelo?
SARA.—Debían batirse a las diez....
MAGDA.—Acaba de irse... Ricardo! Ricardo!
SARA.—¡He llegado tarde!
MAGDA.—¡Miserable! ¡Miserable! ¿Y a esto viniste? ¿No te alcanzaba con amargarme la vida que vienes ahora a despedazarme el corazón? ¡Vete! ¡Vete!
SARA.—**(Llorando.)** Yo lo quería, Magda....
MAGDA.—¡Lo querías y lo llevaste a la muerte! ¡Ricardo! ¡Ricardo! **(En un sollozo.)** Ricardo... **(En un impulso se dirige al timbre y lo oprime.)**

ESCENA VI
Dichas y CRIADO

CRIADO.—**(Por puerta foro.)** Señora....
MAGDA.—¿Usted... usted vió salir al señor?
CRIADO.—Sí, señora.
MAGDA.—¿Salió solo?
CRIADO.—No, señora. Con don Cándido y don Leonardo.
MAGDA.—¿Nadie más?
CRIADO.—Tomaron un automóvil. En el automóvil les esperaba otro señor.
MAGDA.—¿No le dijo a usted adonde iba?
CRIADO.—No, señora. Pero oí a don Leonardo que le decía al chofer: ¡Al Círculo de Armas! ¡Pronto!
MAGDA.—Bien. Haga preparar el coche. No... Pida un taxímetro,

urgentemente.

CRIADO.—En seguida. **(Mutis por foro.)**

ESCENA VII
MAGDA y SARA

SARA.—¿Qué vas a hacer?
MAGDA.—Impedir el duelo.
SARA.—Te acompaño
MAGDA.—¿Con qué derecho?
SARA.—Perdona... Es verdad....

ESCENA VIII
Dichos y Don ENRIQUE, por foro

MAGDA.—¡Papá!
D. ENRIQUE.—Hija... **(A Sara.)** Buenos días.
SARA.—Buenos días.
MAGDA.—Papá....
D. ENRIQUE.—¿Qué, hija?
MAGDA.—Ricardo....
D. ENRIQUE.—Ya le he dicho lo que debía decirle.
MAGDA.—¿Tú sabías?
D. ENRIQUE.—Lo que sabe todo el mundo.
MAGDA.—Y no has tratado de impedir.....
D. ENRIQUE.—Hasta le amenacé. No puedes seguir viviendo con ese hombre. Debes separarte.
MAGDA.—¿Qué dices?
D. ENRIQUE.—¿Qué necesidad teníamos de este escándalo? ¿No te parece?
MAGDA.—¡Papá!
D. ENRIQUE.—Pero.....
MAGDA.—Lo quiero, papá!
D. ENRIQUE.—¿Eh?
MAGDA.—Lo quiero y me lo van a matar... **(Llorando.)** ¿Por qué no me lo dijiste? Yo lo habría convencido... Lo hubiera abrazado muy fuerte y entre muchos besos, ¡los primeros papá!, lo apresara contra mí... ¡Nadie se hubiera atrevido a quitármelo!... Ahora... Ahora... ¡Y ese coche que no llega!
D. ENRIQUE.—¿Coche? ¿Dónde vas?
MAGDA.—Sé lo que debo hacer.
D. ENRIQUE.—¿Dónde vas?
SARA.—A evitar el lance.
D. ENRIQUE.—¿Estás loca?

ESCENA X
Dichos y CRIADO

CRIADO.—**(Por puerta foro.)** El coche.
D. ENRIQUE.—¡Qué se retire!
MAGDA.—¡Qué espere!
CRIADO.—Bien. **(Mutis por foro.)**
MAGDA.—¡Dios quiera llegue a tiempo!
SARA.—¿Y te vas así?
MAGDA.—¡Qué me importa! **(Va a salir.)**
D. ENRIQUE.—Tú no vas.
MAGDA.—¡Padre!

D. ENRIQUE.—¡Tú no vas!
MAGDA.—¡Déjame!
D. ENRIQUE.—Tú no vas... ¡por qué voy yo, hija mía! **(Mutis foro.)**
MAGDA.—Papá..... **(Dulcemente.)**

ESCENA X
MAGDA y SARA

SARA.—¡Dios quiera!.....
MAGDA.—Y tú, ¿qué aguardas?
SARA.—Perdona, Magda, déjame esperar... Me moriría de pena sin saber.....
MAGDA.—¡Vete!
SARA.—Ten compasión de mí... Ya tendré mi castigo en verles a ustedes felices...
MAGDA.—¿Y si muere?
SARA.—No morirá. El corazón me dice que no morirá....
MAGDA.—¿Y si muere?
SARA.—Si muere... Magda... Yo lo habría matado! Yo lo habría matado! **(Rompe a llorar. Una larga pausa durante la cual se oyen sólo los sollozos de Sara.)** ¿Por qué habré sido tan mala!....
MAGDA.—¿Aún le quieres?
SARA.—Tengo miedo.... Tengo miedo de tí, Magda...
MAGDA.—Dí. ¿Aún lo quieres?
SARA.—Yo... no.. no sé...
MAGDA.—Habla.
SARA.—Sí, le quiero! Le quiero como no le quieres tú!
MAGDA.—¿Qué sabes?
SARA.—Yo no lo habría hecho sufrir. Si tú le hubieses amado no habría ido a buscar la muerte... Si muere, no seré yo la culpable, lo serás tú, que no supistes adivinar su grandeza de alma, tú que no sientes tu corazón hecho pedazos al pensar que en este momento quizá ya no exista.... Yo le empujé a la muerte porque le quería para mí, pero tú le llevaste a la muerte porque eres mala, porque no tienes corazón....
MAGDA.—Te perdono, Sara.
SARA.—**(Llora en brazos de Magda.)** Magda....
MAGDA.—Te perdono, Sara, porque le quieres casi tanto como yo. ¿Tú crees que Ricardo me quiere?
SARA.—Como ninguna mujer ha sido amada.
MAGDA.—¡Qué feliz me haces! Porque yo he dudado mucho, Sara... Quería despreciarle, quería arrojarle de mis recuerdos y no podía, una fuerza misteriosa le colocaba siempre ante mí.... Y empecé a amarle, odiándole al mismo tiempo... Pero el odio, como la nieve en las mañanitas de sol, se fué deshaciendo, se fué evaporando, hasta dejar en descubierto las rosas de mi amor, las lozanas rosas de mi amor que la nieve no consiguió amustiar...

ESCENA XI

Dichas y CANDIDO

CANDIDO.—**(Por puerta foro.)** Buenos días.
SARA.—Eh...
MAGDA.—**(Tiene como un desvanecimiento.)** Solo...
CANDIDO.—Solo. ¿Pero qué le pasa a usted?
MAGDA.—**(Yendo a él.)** ¿Y Ricardo? ¿Y Ricardo?
CANDIDO.—Viene con Leonardo.
MAGDA.—Usted me engaña, Cándido. Ha muerto, ¿verdad? Ricardo! Ricardo!.... **(Llora. Sara también.)**
CANDIDO.—Le aseguro, Magda, que no miento.

MAGDA.—¿Y por qué no viene, entónces? ¿Qué hace? ¿No sabe que yo le espero?

CANDIDO.—No ha de tardar. Fueron hasta el club. En cambio Juncal....

SARA.—¿Qué?

CANDIDO.—Herido de muerte.

MAGDA.—(**Al cielo.**) ¡Bendito seas!

ESCENA XII
Dichos y don ENRIQUE

D. ENRIQUE.—(**Por puerta foro.**) No he podido dar con ellos....

CANDIDO.—¡Hola, don Enrique!

D. ENRIQUE.—He preguntado en todas partes. Hasta en la Jefatura de Policía.

CANDIDO.—Precisamente en el lugar que nunca saben nada.

D. ENRIQUE.—Nadie sabía de ustedes. ¿Y qué ha pasado?

CANDIDO.—Lo que no pasa en ningún duelo: morirá uno de los duelistas y morirá precisamente el que debía morir.

D. ENRIQUE.—Pobre Ricardo...

MAGDA.—Papá....

CANDIDO.—Le he dicho a usted que morirá quien debía morir.

D. ENRIQUE.—Bueno, bueno. Yo no se de sutilezas. ¿Qué ha pasado?

CANDIDO.—Ricardo se lo contará a usted con más detalles.

D. ENRIQUE.—¿Entonces?

CANDIDO.—Sí.

D. ENRIQUE.—(**Con el mismo tono que dijo ¡Pobre Ricardo!**) Pobre sobrino....

CANDIDO.—¿Le siente usted?

D. ENRIQUE.—Era un canalla simpático.

MAGDA.—Papá....

CANDIDO.—Yo no sé si será incorrecto, señora, pero.... Francamente; no me he desayunado y la emoción me ha abierto el apetito....

MAGDA.—Pero, Cándido... haberlo dicho. Pase. Venga usted.... Ven tú también, Sara... ¿Y tú papá?

D. ENRIQUE.—(**Sentándose.**) No estoy para desayunos. (**Mutis Magda, Sara y Cándido, por segunda derecha.**)

ESCENA XIII
Don ENRIQUE, LEONARDO y RICARDO, por foro

RICARDO.—(**Al verle.**) Ah....

D. ENRIQUE.—(**De pi.**) ¿Está usted satisfecho?

LEONARDO.—¡Señor!

RICARDO.—Calla. (**A don Enrique.**) ¿Me pregunta usted si estoy satisfecho de no haber muerto?

D. ENRIQUE.—No. De haber muerto a Juncal.

RICARDO.—No, señor, no estoy satisfecho.

D. ENRIQUE.—¿Lo ve usted?

RICARDO.—No estoy satisfecho porque quien debió matar a Juncal no era yo, sino usted.

D. ENRIQUE.—¿Yo?

RICARDO.—¡Usted! ¿No fué Juncal el que deshonró a Magda? ¿Calla, eh? ¿Por qué calla? Si no se sintió usted fuerte, temiendo de seguro el fracaso de alguno de sus negocios millonarios, ¡allá usted!, pero creo que sus reproches no tienen en este momento un marco ajustado. Su silencio me da la razón. Punto final, entonces. (**Transición.**) ¿Volvió Cándido?

D. ENRIQUE.—Está en el comedor con Magda y Sara.
RICARDO.—(A Leonardo.) Ve por él.
D. ENRIQUE.—No se incomode usted. (Mutis segunda derecha.)

ESCENA XIV
RICARDO, LEONARDO, después CANDIDO

RICARDO.—¿Qué me dices?
LEONARDO.—Ese hombre no tiene corazón.
RICARDO.—¡Bah!
LEONARDO.—Te juro que me subleva.
CANDIDO.—(Por segunda derecha.) ¿Querías la carta que dejó de ser póstuma? Toma.
RICARDO.—Gracias. Y gracias por todo lo demás.
LEONARDO.—No hablemos de ello.
CANDIDO.—¿Nos agradeces que te lleváramos cerca de la Macabra? Si lo que te hemos hecho es casi un mal servicio...
RICARDO.—Lo mismo, gracias... Ahora....
LEONARDO.—¿Ahora?
RICARDO.—No sé. Nada me preguntes. He quedado como sin centro. Molido, angustiado. Miren... Aguárdenme en el club: almorzaremos juntos.
CANDIDO.—Yo no te esperaré.
RICARDO.—¿Por qué?
CANDIDO.—Porque no irás.
RICARDO.—Iré.
CANDIDO.—No.
RICARDO.—¿Quién va a impedírmelo?
CANDIDO.—Algo que puede más que tú.
RICARDO.—Les doy mi palabra de que iré.
CANDIDO.—Será la primera vez que no crea en tu palabra. ¿Vienes hasta casa, Leonardo? Sofía estará inquieta y tendrá mucho gusto en verte... Precisamente, esta mañana me lo decía: ¿Has notado el abandono en que nos tiene nuestro excelente amigo? Y como un deseo de Sofía es para mí una orden... Te prendo y no te suelto hasta después del almuerzo....
LEONARDO.—Mientras mis carceleros lo seas tú y Sofía, dichoso puedo llamarme... Bueno, hasta luego, Ricardo.
RICARDO.—Hasta luego.
CANDIDO.—No. Hasta mañana.
RICARDO.—A las doce en el club.
CANDIDO.—Ya verás que no... Hasta mañana... (Mutis con Leonardo por puerta foro.)

ESCENA XV
RICARDO y don ENRIQUE, por segunda derecha, después MAGDA y SARA.

(Ricardo rasga el sobre "póstumo". Saca de él dos papeles, y guarda en su bolsillo lo demás. Entra don Enrique.)
RICARDO.—¿Se retira usted?
D. ENRIQUE.—Sí, señor.
RICARDO.—¿Puede atenderme usted dos minutos?
D. ENRIQUE.—Con mucho gusto.
RICARDO.—Hace ya un año, en esta misma casa, compró usted mi honestidad, ¿recuerda? Hoy he logrado recobrar mi tranquilidad. He vuelto a la posesión de mi hombría de bien. (Por segunda derecha, entran Magda y Sara, que se detienen a presenciar la escena.)

D. ENRIQUE.—No le entiendo a usted.

RICARDO.—Y como deseo proseguir el cambio... Sírvase: el cheque, que no he descontado, que tuve la suerte de no descontar...

D. ENRIQUE.—Pero....

RICARDO.—Los títulos de esta casa que puso usted a mi nombre. Puede en ellos reponer el suyo.

D. ENRIQUE.—Pero...

RICARDO.—Y ahora... adiós.

D. ENRIQUE.—¿Se va?

RICARDO.—Sí.

D. ENRIQUE.—Y si yo le pidiese....

RICARDO.—Gracias. No se moleste usted.

D. ENRIQUE.—¿No me da usted la mano?

RICARDO.—Sí. **(Estréchanse las manos.)**

D. ENRIQUE.—Gracias. Es usted, Ricardo, el peor negociante que he visto, pero es usted también el mejor hombre que he conocido.

MAGDA.—Papá.

D. ENRIQUE.—Hija....

MAGDA.—¿Tú quieres que se vaya Ricardo?

D. ENRIQUE.—Yo... Mira, muchacha... yo entiendo mucho del juego de bolsa y del tanto por ciento, pero de los juegos del amor, no entiendo nada... Yo... mira... no me siento en mi ambiente... Hasta creo que voy a enternecerme... y... yo nunca he llorado, ¿sabes?, y es muy triste que a mi edad se llore... ¿Yo? **(A Sara.)** ¿Quiere usted almorzar conmigo? Necesito un poco de juventud alegre a mi lado..... ¡Ah... **(Por el cheque y los títulos.)** Toma. Esto es tuyo, Magda. **(A Sara.)** ¿Me acompaña usted? ¿Sí? Vamos, vamos, entonces... Adiós, muchachos, adiós... **(Mientras sale Sara.)** Pero cómo, ¿usted también llora? **(Hacia el foro.)** Debe ser muy alegre llorar, porque todos están contentos y lloran, y yo estoy triste... y no puedo llorar. **(Mutis por foro con Sara.)**

ESCENA FINAL

MAGDA y RICARDO (quedan emocionados)

MAGDA.—Pobre papá...

RICARDO.—**(Reponiéndose.)** Señora... Señora: yo he sufrido mucho en esta casa, pero más la he hecho sufrir a usted. No tenga usted para mí un mal pensamiento. Fuí innoble, pero el dolor me ha purificado....

MAGDA.—¿Se va usted?

RICARDO.—Sí.

MAGDA.—¿Y adonde va usted? Acaso alguna mujer....

RICARDO.—No. Me voy... no se adonde. Volveré a la bohemia... Ah,... pero a una bohemia elegante... Ya no sabré de hambres ni obras inéditas... Y eso se lo debo a usted.

MAGDA.—¿A mí, que he estado viviendo de su labor?

RICARDO.—A usted. El haberme casado con usted me abrió crédito en todas partes, me abrió el ansiado camino de la fama... Claro que después he cumplido, pero el orígen de mi renombre....

MAGDA.—¿Y se va usted alegre? ¿No cree usted que yo le debo mucho?

RICARDO.—No. Adiós, Magda.

MAGDA.—¿Ni siquiera me ofrece usted su mano?

RICARDO.—Perdón....

MAGDA.—**(Se dan las manos. Se miran intensamente, largamente.... y cae uno en los brazos del otro.)** Ricardo!

RICARDO.—Magda!

MAGDA.—**(Besándole.)** ¿No comprendías que te amaba?

RICARDO.—(Acariciándole el cabello.) Tenía miedo, Magda...

MAGDA.—¡Eres mío! ¡mío! Y te querías ir... ¡Mi Ricardo! ¡Qué alegre estoy...! Mi maridito... Eres mi maridito! ¡Cuánto te quiero!

RICARDO.—Pobrecita... Pobrecita... No se decirte cuanto quisiera decirte... Pero... mira.... mira mis ojos... y verás lo que pasa en mi corazón.

MAGDA.—(Lo besa.) Niño mío... niño mío... (Se abrazan. Un reloj da doce campanadas.)

RICARDO.—(Desasiéndose dulcemente.) Pero ahora que recuerdo...

MAGDA.—¿Qué?

RICARDO.—Leonardo y Cándido me esperarán para almorzar en el club....

MAGDA.—(Suavemente.) No irás.

RICARDO.—¿Empieza la dulce tiranía?

MAGDA.—Nuestro primer almuerzo frente a frente, sin una desconfianza y sin una tristeza....

RICARDO.—Espera. (Pausa.) Ven. Ven. Siéntate aquí, a mi lado... (En el sofá, junto a la mesilla del teléfono, casi de frente al público. Ricardo da timbre. Magda le acaricia el cabello.) Hola! Señorita: con la casa del señor Cándido Rodríguez, 2432, Central. (Pausa. Timbre.) Hola! Hola! ¿Hablo con Cándido? Sí. Con Ricardo... Precisamente... Eso es. Sí, que no me esperes en el club.... ¿Qué ya lo sabías?... ¿Eres adivino?... Ah... Magda. Sí, aquí, a mi lado. ¿Qué nunca has oído en tu vida un beso de amor? (Ricardo ríe.) No... no me atrevo... ¿Qué repita tus palabras? Bien: Magda: Dice Cándido que quiere ser el primero en oir un beso nuestro, un beso de verdadero amor... No sé. Magda te contestará....

MAGDA.—(Echándole los brazos al cuello y besándole.) Mío..... Mío.....

RICARDO.—¿Oyes, Cándido?... ¿Oyes?.... Sí... De amor... De verdadero amor.... (Y cae lentamente el

TELON

LA ESCENA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital		Interior	
Trimestre	2.40	Trimestre	3.00
Semestre	4.80	Semestre	6.00
Año	9.00	Año	12.00

Número suelto en la Capital: 0.20. Interior: 0.25.

NUEVOS PEDIDOS PARA ESTE NUMERO Y ATRASADOS, DIRIGIRSE A LA ADMINISTRACION.

Pídase en todos los kioskos y subterráneos

MONTEVIDEO, 421 — U. T. 2564, Lib.

RUBLI Hnos., únicos concesionarios para la Capital

NUMEROS PUBLICADOS

AÑO SEGUNDO

53. **Don Cándido Buenafé**, I. Pelay, y F. Iriarte.—(Supl. 2º) **La importancia de ser hombre serio**, Oscar Wilde, trad. de A. Remón.—54. **Los derechos de la salud**, F. Sánchez.—55. **El señor Corregidor**, B. Roldán, y **Hay novedades?**, A. Cordone - 56. **Adiós Juventud!**, J. de Vedia.—57. **Misia Pancha la Brava**, y **Cuidado con los ladrones!**, A. Novión.—58. **Jaque al Rey**, Collazo e Insausti, y **¡Cuidado con las mujeres!**, F. E. Collazo.—59. **La prueba de fuego**, A. Giménez Pastor.—60. **Almas que luchan**, J. L. Pagano.—61. **Instituto Internacional de señoritas**, E. García Velloso.—(Supl. 3º) **El Abanico de Lady Windermere**, Oscar Wilde, trad. de F. J. Bolla.—62. **El tio Diego**, J. L. Pagano.—63. **Como la piedra**, C. Muñagurria.—64. **La Casa de los Cuervos**, novela de G. Martínez Zuviría, arreglo en verso de I. Pelay.—65. **Los Contagios**, B. Roldán.—66. **La Montonera y Petit Salón**, J. A. Saldías.—67. **La Leyenda del Cacuy y Las Estaciones**, C. Schaefer Gallo.—(Supl. 4º) **Una mujer sin importancia**, Oscar Wilde, trad. de A. Remón.—68. **La ciudad incrédula y Pompas de Jabón**, R. L. Cayol.—69. **El Malón Blanco**, V. Martínez Cuitiño.—70. **Salvador**, M. Coronado.—71. **La Dama del Cine**, trad. de J. F. Escobar.—72. **El cabo Scamione**, trad. de F. Parravicini.—73. **El Rosal de las Ruinas**, B. Roldán.—(Supl. 5º) **La máscara y el rostro**, L. Chiarelli, trad. de F. Escobar.—74. **La Gaucha, La Madriguera, La Tapera**, A. Novión.—75. **Canción de Primavera**, J. de Maturana.—76. **Crisis Matrimonial**, J. M. Gasais.—77. **Nirvana**, J. León Pagano.—78. **Los Millones de Lozano**, A. Varcourt y J. Bever, trad. de F. J. Bolla.—79. **El Gaucho Judío, La Taba del querer**, C. Schaefer Gallo.—80. **La Ley del Hombre**, V. Pérez Petit. — 81. **Mauricio Norton**, B. Roldán.—82 **Perdidos en la luz**, E. Bianchi.—83. **Juan Moreira**, E. Gutiérrez.—84. **La Cadena**, E. García Velloso.—85. **Mangacha**, V. Pérez Petit.—86. **El epiléptico y Los Entenados**, J. C. Travérsa.—87. **La Muerta de aquella noche**, R. Cayol, y **La ficha Blanca**, I. Pelay.—88. **Marco Severi**, R. J. Payró.—89. **Chispas de la Hoguera**, E. G. Velloso.—90. **Cuentos cortos** y **El Conité**, A. Vacarezza. — 91. **Amor**, E. Soria.—92. **Noche Buena**, V. Pérez Petit.—93. **Melgarejo**, F. Parravicini.—94. **El Bronce**, B. Roldán.—95. **El Profesor Müller**, R. Hicken.—96. **Santos Vega**, L. Bayón Herrera.—(Supl. 6º) **La Gaviota**, autor Antón Checof, trad. de H. C. Uthurraldh.—97. **El clavo de oro**, R. J. de Rosa, A. Discépolo M. Folco.—98. **El Gringo**, O. M. Cioni.—99. **El Vasco de Olavarria**, A. Novión.—100. **El Acaparador**, B. Roldán.—101. **Los enemigos del pueblo, Los esclavos Blancos**, J. F. Escobar.—102. **La suegra del diablo**, C. Schaefer Gallo.—103. **Gente Bien**, F. Mertens.—104. **El Derrumbe del País**, A. Remón.

AÑO TERCERO

105. **La viuda influyente**, B. Roldán.—106. **La tía del campo**, M. Gorostarzu.—107. **La botica de enfrente**, A. Lorusso.—108. **Corrientes y Esmeralda**, J. A. Saldías.—109. **La mujer de mi hijo**, R. Hicken.—110. **Orgullo de pobre**, E. Bianchi. — 111. **Los malos pastores**, O. Mirbeau, refundición de J. Downton.—(Supl. 7o.) **Percanta que me amuraste**, M. Romero y P. Contursi.—112. **Gallo Ciego, Paja Brava**, O. M. Cione.—(Supl 8o.) **Palabra de casamiento**, J. F. Escobar.—113. **Premios a la virtud**, U. Favaro.—(Supl. 9o.) **Un romance turco**, P. E. Pico y S. Eichelbaum.—114. **Tu cuna fué un conventillo**, A. Vacarezza.—115. **El sol que más calienta**, M. A. Battiti.—116.— **El marido de mi mujer**, I. Pelay y F. Payá.—Supl. 10) **La casa donde no entró el Amor**, R. L. Cayol.—117. **Olindo Bruloti**, R. di Yorio.—(Supl. 11) **Maleva**, E. García Velloso.—118. **Los Brutos**, R. Pollo Darraque.—(Supl. 12) **La dama del Plaza Hotel**, F. E. Collazo y S. Linnig.—119. **Hacia las cumbres**, B. Roldán.—(Supl. 13) **Canciones populares**, C. Schaefer Gallo.—120. **La chica del gorro verde**, F. E. Collazo y T. Insausti.—(Supl. 14) **El pibe del corralón**, Estevanez y Vergara.—121. **The Equatorial**, A. Vaccari.—(Supl. 15) **El derecho de vivir**, R. Bracco. Traduc. de M. Cataldo Marcial.—122. **...de esta agua no beberé**, de Bernard Shaw. Traduc. de A. Remón y R. Díaz Azpeitia.—123. **Gettatore**, G. Laferrere.—(Supl. 16) **El Desconocido**, Ivo Pelay.—124. **El Amigo Raquel**, A. T. Weisbach.—(Supl. 17) **El Guarda 323**, A. Discépolo y R. J. De Rosa.—125. **Los primeros fríos**, A. Novión.—(Supl. 18) **El grito del corazón**, traduc. de F. Ducasse.—126. **La mala sed**, S. Eichelbaum. (Supl. 19) **Entre dos Almohadas**, A. Testoni, traduc. de J. F. Escobar.—127. **Madre Tierra**, A. E. Berruti.—128. **El Pájaro Azul**, M. Maeterlink, traduc. de E. Bianchi.—(Supl. 20) **El Señor Diputado**, B. Roldán.—129. **Más fuerte que nosotros**, A. Abalos.—(Supl. 21) **La Medalla**, C. Sanguinetti.—130. **La Bengalí**, E. García Velloso.—131. **Claudio Borges**, Tito L. Foppa.—132. **La Loba**, F. Defilippis Novoa.—(Supl. 22) **Flor de Lys**, J. F. Escobar.—133. **Mamá Clara**, F. Mertens. 134. **A media noche y A falta de pan**, P. E. Pico.—(Supl. 23) **Los japoneses**, de M. Lengyal, traduc. de J. Downton.—135. **La Gallega**, José M. Bosch.—136. **Mi mujer se aburre**, A. Discépolo y R. J. De Rosa.—137. **El Distinguido Ciudadano**, J. A. Saldías y R. Casariego.—138. **Flor de Camalote**, Otto M. Cione.—139. **Una broma de Arlequín**, R. L. Cayol.—(Supl. 24) **¡Cómo se pasa la vida!...**, A. Novión y M. Romero.—140. **El íntimo Amigo**, C. Schaeffer Gallo.—(Supl. 25) **El Coronel Cinzano**, C. Schaeffer Gallo.—141. **En el Barrio de las Ranas**, E. G. Velloso.—(Supl. 26) **El nido de cóndores**, A. T. Weisbach.—

FIN DEL AÑO TERCERO

142. **Batalla de mariposas**, H. Sudermann.—(Supl. 27) **En la montaña**, J. J. Berrutti.—143. **El Zonga**, J. Sánchez Gardel.—(Supl. 28) **En casa del talta Pancho**, A. Novión.—144. **Murciélagos**, E. García Velloso.—(Supl. 29) **La Chica de la Guantería**, R. L. Cayol.—145. **Farruco**, A. T. Weisbach.—(Supl. 30) **Una pobre pecadora**, J. F. Escobar.—146. **Sindicato Trelfist**, F. Parravicini.—(Supl. 31) **Campo Adentro**, B. Roldán.—147. **La Carrera de Charrúa**, P. B. Aquino.—(Supl. 32) **Panorama Nacional**, Romero, Pelay y De Bassi.— 148. **El hombre que se volvió cuerdo**, J. González Castillo y J. Mazzanti.—(Supl. 33) **Romántico bulincito**, A. Novión.—(Supl. 34) **A las 9 en el convento**, C. Schaeffer Gallo y A. J. Ballestero.—149. **La Isla de don Quijote**, C. Martínez Paiva.—(Supl. 35) **El Circo Arenas**, E. García Velloso.—(Supl. 36) **El cambalache de Petroff**, A. Novión.—150. **Juvenilia**, P. E. Pico y R. Casariego.—(Supl. 37) **Verbena Criolla**, A. B. Vacarezza.—151. **El Gaucho Robles**, J. A. Saldías y R. Casariego.—(Supl. 38) **Silvino Abrojo**, José M. Casais.—152. **¡Cruz Diablo!**, Mario Flores.—(Supl. 39) **Piadosas Mentiras**, F. E. Collazo y E. C. Arias.—153. **Las Murallas de Jericó**, P. B. Aquino.—(Supl. 40) **Un drama vulgar**, E. García Velloso.—154. **El Grillo Barattieri**, A. Novión.—(Supl. 41) **Carne de Oficina**, E. P. Maroni y R. Giúdice.—155. **Te ha guiñado un ojo**. Traduc. F. Parravicini.—(Supl. 42) **Como quiere la madre a sus hijos**. U. Millán.—156. **Al que nace barrigón es al ñudo que lo fajen**. J. Downton y L. Rodríguez Acasuso.—(Supl. 43) **La Gringa Tina**, J. E. Escobar.—157. **Como se hace un drama y Entre bueyes no hay cornadas**. J. González Castillo.

AÑO CUARTO

(Supl. 44.) **¡Cuidado con la pintura!**, J. F. Escobar.—158. **Gente Canchera**, A. Weisbach.—(Supl. 45) **¿Qué hacemos con el cadáver?**, G. E. Ossorio.—159. **Don Jaime el Conquistador**, M. Romero y J. Parra.—(Supl. 46) **¡De puerta en puerta!..** Profumo, Dewton y Monez Ruiz.—160. **El jarrón de Sevres**, E. Sánchez.—(Supl. 47) **Cada peludo a su cueva**, E. P. Maroni y R. Giúdice.—161. **¡Bendita seas!**, A. Novión.—(Supl. 48) **La cueva de los Buhos**, E. Trongé y A. E. Cattáneo.—162. **La mano de Dios**, F. E. Collazo.—(Supl. 49) **El momento Universal**, I. Pelay y J. Padilla.—163. **Botafogo**, F. Parravicini.—(Supl. 50) **El hábito no hace al monje**, J. Comorera.—164. **Madame Pachuli**, F. E. Collazo.—(Supl. 51) **Gente en la azotea**, J. Mazzanti.—165. **Lala Marleta**, J. M. Casais.—(Supl. 52) **La Ilusión de Sabatucci**, M. Romero.—166. **La Ruleta de San Carlos**, A. Novión.—(Supl. 53) **¡Pulgarín solo!**, Ivó Pelay.—167. **El campeón de box**, F. Parravicini.—(Supl. 54) **Y Colorín, Colorao...**, F. E. Collazo y T. Insausti.—168. **La gran familia**, Hans Sturn, adaptación de R. Cappemberg.—(Supl. 55) **El Clásico Primavera**, L. R. Acasuso.—169. **Mefistófeles**, A. J. Ballestero.—(Supl. 56) **Recreo y Cancha de Bochas**, J. M. Pintos.—170. **El Dios de la Suerte**, E. García Velloso.—(Supl. 57) **Donde hubo fuego, cenizas quedan**, F. Iriarte e I. Pelay.—171. **Kolossal mujer!...**. R. Hicken.—(Supl. 58) **Mascotita**, G. Okonkososki, trad: R. Cappenberg.—172. **La Ratona**, A. T. Weisbach.—(Supl. 59) **El fresco de Alta Gracia**, O. P. Sargenti.—173. **Los hijos de Pío Pío**, A. Novión.—(Supl. 60) **Un viaje al infierno**, C. Schaeffer Gallo.—174. **¡Vigílalo, mamá!....**, C. Goicoechea y R. Cordone.—(Supl. 61) **El rincón de la alegría**, M. Romero.—175. **El Candidato**, O. R. Beltrán.—176 **¡Pan comido!...**, T. Insausti y D. Parra.—177. **La Mazurca Azul**, de Franz Lehar, trad. J. F. Escobar y C. Cappenberg.—178. **La tía Melchora**, F. Mertens.—179. **El reverendo Catachín**, R. Hicken e I. Pelay.—180. **¡Criollos, Gringos y Judíos**, A. y M. Rada.—181. **El tano de la gran cuestión**, F. E. Collazo.—182. **Lotería Nacional**, R. Cappenberg.—183. **Mancha de Sol**, R. Di Yorio.—184. **¡Con pistola a siete pasos!**, J. F. Escobar.—185. **Mi hermano, el seminarista**, F. E. Collazo.—186. **¿Quién es el culpable?**, J. P. Alvarez y A. González Revilla.—187. **El testamento de Fausto**, Miguel H. Escuder.—188. **Escríbame una carta, señor Cura!..** A. J. Ballestero y D. Parra.—189. **La Otra**, Angela G. Moreno.—190. **Pasionaria**, J. Luque Lobos.—191. **La Vendedora de Harrods**, Josué Quesada.—192. **Noche de Nieve**, Roberto Bracco.